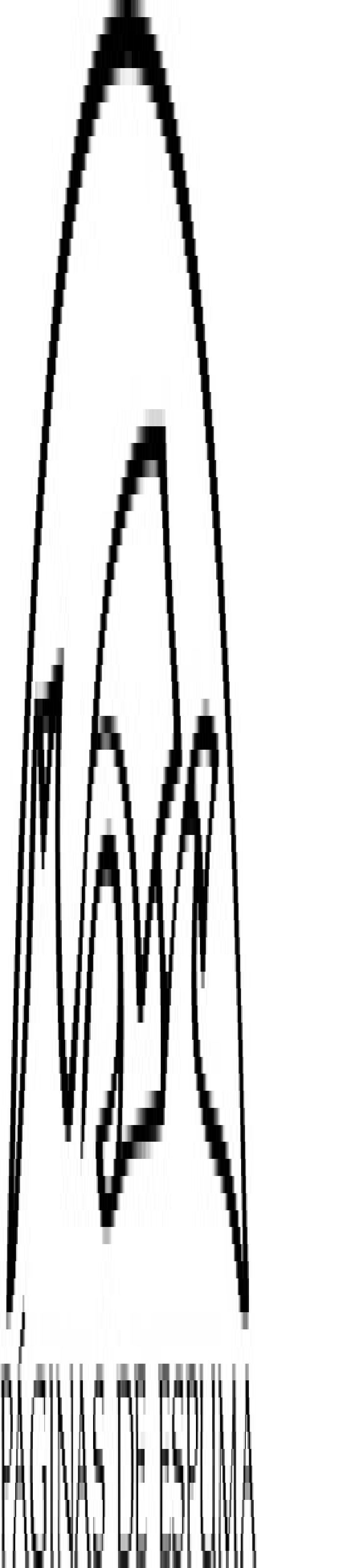

Natalia García Freire
La máquina de
hacer pájaros
PÁGINAS DE ESPUMA

Natalia García Freire

La máquina de hacer pájaros


PÁGINAS DE ESPUMA

Natalia García Freire, *La máquina de hacer pájaros*
Primera edición digital: noviembre de 2024

ISBN epub: 978-84-8393-712-9

Colección Voces / Literatura 366

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Solamente muero los domingos,
y los lunes ya me siento bien.
Sui Generis, *Confesiones de invierno*

Así que me quedo en la cama. Me quedo en la cama hasta que el doctor Rex llame personalmente para informarme de que tiene recetas nuevas para mí. Dicho con más énfasis, me quedo en la cama hasta.
Mary Robison*, Por qué haría yo*

Todas y cada una de mis palabras están invertidas,
del revés, o soy yo quien lo está.
También te abrazaba de ese modo.
William H. Gass, *En el corazón del corazón del país*

El último día que lo vi como humano, estaba triste por el mundo.
Aimee Bender, *La que recuerda*

Las Lumbres

Cuando todo enmudece, cuando la gravedad de los hechos rebasa con mucho nuestro entendimiento e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí, dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante, el lenguaje del dolor.
Cristina Rivera Garza, *Dolerse: Textos desde un país herido*

Cada palabra que ella escribe es mentira, incluso y y la.
David Markson, *La soledad del lector*

Lo que recuerda la escritora

Nada.

La escritora no recuerda nada. Es el lenguaje el que habla. Recuerda que se lo contará su abuela. O serán los pájaros. De pequeña tendrá un juego: le hablará por la noche a la pavita de la muerte, que espanta a todos porque es bruja y es ave. Es más pequeña que un búho y más rechoncha, pero se sabe el doble de historias. No temas, le dirá la pavita de la muerte, solo tienes que recordar. ¿Recordar qué?, pregunta la escritora. La historia de las Lumbres, tontuela. Y la pavita de la muerte, viéndola tan perdida, reirá y reirá. Y cuando ría, la escritora le verá los ojos de lechuza, pero de un amarillo ámbar que confundirá ya para siempre con el atardecer porque son de luz, como de estrellas y polvo cósmico. La escritora no recuerda más. ¿Cómo podría recordar? En quichua podría invocar el recuerdo, *k'aspillu,* tendría que decir: varita de la memoria. Pero la escritora no habla quichua, no tiene la varita. No aprendió la lengua que convierte las palabras en materia. Lengua que es también un último acto de magia. Y tampoco aprendió a recordar. Olvida todo y cállate, era lo que le decían de pequeña. Pero sabía escuchar desde lejos el canto de la pavita, una historia que suena en su cabeza como un solo tartamudeo. Unos visos de locura. Las voces de los muertos. El canto de los pájaros en la rama más alta.

La escritora quiere caerse de la rama más alta.

Lo que se rumorea en el camino

Hartos, éramos hartos los que nos juntamos para ir a buscarlas. Camino de la laguna, con los pájaros mirándonos desde las ramas altas de los pinos.

Las llamaban las Lumbres y dice el niño que las enterraron cerca del pueblo. No en el pueblo porque se las llevaron. Se las llevaron de ahí que era cerca de donde vivíamos. Se las llevaron porque brillaban. Como el plancton. Eran luz, pero a ratitos se apagaban. Les llamaban las Lumbres, pero no eran hembra ni varón. Por las noches, a lo lejos nomás veíamos la luz que eran ellas, todas juntas,

como una calesita ardiendo. Pero nunca nos acercamos porque estaba prohibido, porque habría sido como verle los ojos a Dios o al Diablo. Hay misterios que no se persiguen y milagros que no se tocan. No se sabe si fueron paridas. Solo fueron nada más. Como es la laguna de allá mismo, y como es el río. Luego llegaron los de las mineras con los militares. Ellos se mandaban cuatro, cinco horas de camino en el monte para ir a buscarlas y se las querían llevar porque estaban encandilados. Les dijimos: dejen a las Lumbres donde están.

No hicieron caso.

El corazón del bosque

La escritora recuerda que escuchará esta historia una y otra vez, pues es una historia que viene sucediendo toda la eternidad. Recuerda que estará en el bosque. Perdida. No hay otra forma de estar en el bosque. No habrá hecho caso a lo que le dijo la abuela: no dejes que el bosque te atrape. No hará caso a su abuela jamás. Así que tomará el camino que la llevará demasiado lejos y es entonces cuando habrá subido al árbol y, siguiendo la voz de la pavita de la muerte, tomará una fruta dulce como el higo y tan suave, como la piel de ella misma entre las piernas. Ahí cree la escritora que empezará a escuchar la muerte, justo ahí en la pulpa y escuchará lo que se rumorea en el camino, lo que dirán las gentes, las voces de los cuerpos y el lenguaje de la luz. No seas tontuela, le dirá la pavita de la muerte, los que escriben no escuchan. Solo recuerdan. ¿Qué cosa?, pregunta la escritora. Recuerdan lo que los volverá desquiciados.

Lo que dice el niño

Yo era más niño que ahora, aunque siempre he de ser niño porque cuando salimos del pueblo dejé de crecer y me deliré. Eso dice mi madre, que en paz descanse, que murió de vieja y de exiliada porque nos quedamos sin tierra. Cuando llegaron ellos yo era aún más niño. A uno le vi la pistola y temí. Pidieron permiso para bañarse en nuestra casa. Olían raro. Olían a leche agria. Uno se acercó a mí y me pasó la pistola por la espalda. ¿Es cierto que existen?, me preguntó. Hacía tiempo que andaban buscándolas. Ajá, dije. Te vas a venir con nosotros a guiarnos. Como era niño, me querían llevar, como era niño medio mudo, pero que sabía dónde se escondían. Le dije a mamá que me iba para que no le hicieran nada, para que ya nos dejaran en paz. Salieron todos bañaditos, rayita al medio, pelos engominados, pistolas a la vista. Y nos fuimos caminando. Yo fui el que les mostró el camino. Me dicen todos que no tengo perdón de Dios, como si Dios se fuera a acordar de nosotros.

Dios no recuerda

La escritora siente un estrujón en el abdomen. Quiere rezar, pero no sabe a

qué. Escucha las voces de los que están buscando. Ese dolor. Ese dolor. Ese dolor. Cuervos y gorrionas le saltan por la cabeza. Desde la rama más alta podría ver. Pero siempre ha tenido miedo a las alturas. Recuerda que morirá bien cerquita de la tierra y no sabe por qué teme. Los cuervos traen las voces de la procesión. Las voces se le hacen callo en el cuerpo. Las mataron. No. Se las llevaron primero. Porque brillaban. No es que brillaran, dice el niño, es que estaban soñando cuando todos andábamos muertos.

Ese dolor otra vez. La escritora se rinde, quiere soltar las manos del árbol. A lo mejor levite. No seas tarada, le dice la pavita de la muerte. Los que escriben no levitan. Todo lo que se nombra pesa. Pesa tanto.

Y se aleja riendo hasta tocar el sol.

Lo que dice la ciega

Buitres había ese día. Volaban alto hasta tocar el sol. Cuando el niño se llevó a los hombres a ver a las Lumbres, vinieron los buitres a recordarnos que habría muerte para rato. Unos días después el niño ya volvió solo. Le habían cortado varios dedos, le habían rapado la cabeza, le habían dicho cosas que le hicieron delirar y querer morir. Y aun así estaba vivo y volvía al pueblo porque le había jurado a su mamita que iba a volver y volvió nomás por ella. Tenemos que irnos todos, dijo. Los hombres han atrapado a las Lumbres y se las están llevando en camiones. Hartos camiones. Si no nos vamos, nos matan. Porque los vimos. Pero tanto se había demorado en regresar, porque venía haciendo camino con los pies, que ya fue tarde. Recogimos entre los vecinos lo poco que quedaba de la tierra que ya no quería darnos comida y quisimos coger a nuestros animales. Pero ahí llegaron los hombres en camiones. Cogieron nuestras bestias, mataron nuestras gallinas y quemaron nuestras casas. Ni quisimos ver atrás. Pero pasaron pitando junto a nosotros que íbamos a buscar otro lugar en el que morir, otro pueblo que nos enterrara y ahí vimos las cabecitas rapadas de las Lumbres. Iban dejando una estela detrás como las algas del lago que se encienden cuando una bestia depredadora está cerca.

La rendición

No seas tontilla, le dice la pavita de la muerte a la escritora, que ahora se abraza con mucha fuerza al árbol y quiere rezar, quiere hacerlo con todas sus fuerzas, pero no recuerda ninguna oración. No vas a recordar si no juntas las manos, tontuela, le dice y le picotea la cabeza. Además, no se reza en el bosque si uno no quiere que se despierten los espíritus.

La escritora le pregunta sobre las Lumbres. ¿Son espíritus? Solo quiere terminar de escuchar la historia. ¿Otra vez? Le pregunta la pavita de la muerte. Llevo contándote esta historia hace siglos. Anda, sube un poco más. Sube a la rama

más alta. Ya casi termina. Y cuando subas vas a ver. Cuando subas tan alto y ya no sepas cómo ni para qué bajar. Por cierto, ¿qué hora es?, pregunta la pavita y ríe y ríe. La escritora no sabe hace cuánto tiempo está atardeciendo. Es un atardecer amarillo ámbar que durará toda su infancia y que verá antes de morir cuando junte las manos y por fin sepa cómo rezar. Y no será a Dios a quien le rece.

Lo que dice la novia de blanco

Aun no lo sabíamos, pero lo peor no fue que arrancaran a las Lumbres de cerca de su laguna. Lo peor fue después. Un día, fue el día de mi boda, vimos a los peces aparecer en la superficie del río cerca del otro pueblo, un pueblo más lejos, donde se supone que no nos iba a encontrar nadie. Pero nos encontró el agua. Y la muerte. Vimos un montón de carpas que flotaban rodeadas por erupciones de burbujas. Estaban de perfil, muertas como un tronco. Antes de que saliera el sol las atrapamos con una red y corrimos a esparcirlas sobre las plantas de la ciénaga. Resucitaron por un momento. Dos o tres espasmos y luego las aletas se debilitaron y las escamas brillaron con la primera luz del sol. Centelleó la ciénaga y después se las tragó. Y así, todo lo que escupía el río estaba muerto.

Y fue otra vez el niño a buscar a las Lumbres porque ya nos estábamos quedando en los huesos, sin comida, el agua enfadada con todos, los árboles de fruta marchitos y, en lugar de cielo, siempre buitres. Han pasado siglos desde entonces y yo aún no me caso. Hemos vuelto por las Lumbres. Para devolverlas a su laguna y nos guía el niño que dice que las enterraron más acasito, en una zanja, porque mientras se las llevaban, los hombres esos vieron que brillaban más y más y luego se apagaron todas al tiempo y solo quedaron los cuerpos magullados. Dicen que eran una sola llaga. Y el niño solo encontró a uno de esos hombres, uno con uniforme, y el hombre le contó y le dijo: la luz habla, la luz recuerda. Allá dejamos la luz y encima pusimos cruces. Y no sirvió de nada. Padre nuestro, dijo el niño que dijo el hombre. Y ahí mismo se pegó un tiro.

Lo peor no es morir

La escritora ya ha subido a la rama más alta. Fue la pavita de la muerte la que le dijo que usara el cuerpo de callo. Tengo que enseñártelo todo, le dijo enfadada. Los pies los tienes duros como si hubieses nacido escalando. Sube, tontuela. Las manos secas, agrietadas y duras, de recordar. Si tienes miedo sudas. Si sudas te caes. Y reía la pavita, siempre reía mucho porque mientras más alto subes más te ríes. Y ahora, bien arriba, la escritora recuerda que los verá a todos. Han llegado al lugar donde hay tres cruces. Pero eran muchas. Eran tantas las Lumbres. Y solo tres cruces les han puesto. Sigue atardeciendo desde hace tanto y tanto frío que la escritora tirita bien agarrada de la rama más alta. Los mira y ellos se saben mirados. No como si fuese un Dios, sino algo peor, una chismosa, una

metiche. Pero la escritora recuerda que tendrá que mirar. Aunque duela. Aunque le lancen piedras para que se esfume.

Debajo de las cruces, la tierra se enciende. Son los huesos de las Lumbres, como un cableado bajo la tierra, líneas de luz que forman cuerpos, que se curvan y se tocan, un cementerio luminoso, constelaciones subterráneas que nadie más verá. La escritora se pregunta si se podrá leer la muerte. Ríe la pavita. Aún no has entendido nada, le dice.

Pero ya todo ha terminado: La novia de blanco le da la mano a la ciega y sí, acepto, dicen, mientras caminan de la mano hasta la laguna con huesos en las manos. Y el niño de golpe crece tanto, tanto que al llegar al agua ya no es más que huesos, huesos que cargan huesos y caen al agua con el peso justo. Y los demás siguen cargando los huesos de las Lumbres que desde tan alto no parecen huesos de animal, ni de humano. El que se había pegado un tiro se levanta y se va corriendo, deja atrás sangre, un reguero de sangre que empezó hace mucho y que no va a parar.

Y todo empieza a gritar, a abrir la boca, el bosque, los cuervos, la pavita, los que están allá abajo, abren tanto la boca que duele. Ese dolor. Ese dolor. Ese dolor. Y, como si el tiempo fuese de arcilla, construyen siglos y siglos de historias sobre el monte, historias que nacen de las Lumbres que ahora brillan en el fondo de la laguna.

Y todo lo que sube tiene que caer, dice la pavita, y la escritora cae y recuerda que esto será así: ya nunca dejará de caer.

Y solo entonces lo recuerda todo. Duele tanto que trata de rezarle a Dios.

Como si Dios fuese a acordarse de ella. De nosotros.

Recordar es lo peor, dice la pavita de la muerte.

Y ríe y ríe.

Hasta que desearas dejar tu corazón sin sangre

Para David Foster Wallace,
que me obligó a amar a un fantasma

Todo empezó cuando mi marido me dejó donde la Ruthie, como si hubiera abandonado a una niña en la guardería y pudiera irse, aliviado, al fin, ¡alabado sea Dios!, a fumar un cigarro en paz o a mear con la puerta abierta.

Miento.

Quizá fui así desde antes de nacer.

¿Qué fue primero el veneno o la medusa?, y ¿a dónde van a morir las gallinas?

Todo principio es una mentira.

Cuando era niña me obsesionaba con los chicos (casi siempre con los que mascaban chicles de la marca *Big Red*) y les dejaba cartas debajo de la puerta y en los pupitres y entre los trapitos que se sacaban para las clases de educación física, las llenaba de colonia *Little Blossom* y añadía todo tipo de ofrendas: un diente, una cola de gato, las uñas que me había cortado esa mañana. Lo peor era cuando lo encontraban sus madres. Iban a casa de mi abuela Elvia María y lanzaban mis ofrendas y mis cartas por los aires en medio de gritos y babas blancas.

Amar a un hombre es más doloroso que saltar de un quinto piso. Una fractura de pierna se recupera en unas seis semanas cuando eres joven, incluso los huesos cicatrizaron aquella vez que me lancé por los aires para rescatar a Esther, la paloma de Willy, que no era mensajera y era más bien tonta, y los raspones desaparecieron. Willy nunca fue a visitarme al hospital San Juan de Dios, donde me conocían como «la que mató a la paloma», pero sé que le dio a Esther una cristiana sepultura.

Amar a un hombre muerto es peligrosamente más sencillo.

No olvides contarle lo del fantasma del escritor ese, me dijo mi marido el último día que lo vi, ¿me lo prometes?, es muy importante que se lo cuentes.

Me dio un beso en la frente y se fue pegando puñetazos en el aire, en dirección a la rivera. Nuestra casa estaba del otro lado.

Solo se llevó un imán de la refrigeradora que decía:

Todo lo puedo en Dios que me fortalece

Mi marido no creía en Dios, pero no sabía vivir sin máximas. Al despertar

decía siempre: Soy grande, soy fuerte, soy lo mejor que puedo ser. Luego, se iba al gimnasio y ejercitaba, sobre todo brazos y espalda, por lo que se parecía cada vez más a una tortillita de maíz, a un muñeco de futbolín. Cuando volvía del gimnasio y me rodeaba con esos brazos enormes yo le decía: apriétame más, hombresote, hazme explotar.

La Ruthie era una conocida de su hermana Fanny. Cuando me aconsejó verla me dijo que era psicoanalista y que podría ayudarme. Le hice caso, con una condición: si deseo morir e ir a verlo, si esto no pasa y ese es mi único deseo, tienes que dejarme ir. Supongo que debo estar contenta ahora que me ha dejado.

Apenas entré en la casa de la Ruthie sentí vértigo. No había nada en esa casa que llamara la atención, pero, si te detenías, podías ver que estaba torcida, que un lado era más grande, aunque alguien había puesto empeño en simular que no. Era ese engaño lo que te daba ganas de vomitar y salir corriendo. En esa época yo vomitaba seguido, podría decirse que todos los días, quizá más de una vez. Así que sentí un placer inesperado: iba a vomitar, sí, pero tenía una razón de verdad.

Ese día, el primero, la Ruthie me esperaba en el pasillo. Tenía un cuerpo pequeñito y unas manos amenazantes. Ven aquí que te doy un guantazo, le dijo a su hija mayor, la Renata. Una niña que iba y venía de su dormitorio con velas blancas y altas en un candelabro ramificado.

¿Qué hace tu hija con eso?, le pregunté yo.

Escribe poemas y los quema, me dijo ella. Un día se va a matar. Ya lo sé. Pero no mientras viva en esta casa.

Me tomó de la mano y me llevó a lo que llamaba su consultorio, donde hacía la terapia. Era un cuartito dividido en dos por cortinas plásticas con estampado de corazones, olía a spray de cabello, pero era cálido. Estaba lleno de lámparas de luz amarilla que la Ruthie había puesto por todos lados, colgadas del techo, en el piso, en banquitas. La Ruthie odiaba la luz blanca. Decía que si se quedaba dormida con la luz del techo encendida soñaba que estaba en una sala de autopsia. Lo más raro, decía, es que el doctor que me abre el pecho es bizco y me pone los pelos de punta.

Acuéstate, dijo aquel día, contigo vamos directo al diván. Me contó tu marido que has estado ¿molesta, irritada, alterada?

A veces quiero meter la cabeza en una maceta y ver si me nace algo. No lo sé. Siento que tengo dentro de mi cuerpo otro cuerpo. Que se expande.

¿Cómo si estuvieras embarazada?

Como si estuviera a punto de parirme a mí misma.

¿Sueñas alguna vez con tu padre?

No conocí a mi padre.

Ese puede llegar a ser un gran problema.

La Ruthie anotaba cosas en su libreta y me miraba de los pies a la cabeza. Yo llevaba una camiseta enorme que me quedaba como un vestido, de tela muy fina. Se me veían las piernas y los brazos y no me había rasurado. Hace demasiado tiempo. Quería cubrirme entera con una funda negra porque la Ruthie me miraba como si hubiese querido convertirme en una cosa nueva por pura fuerza de voluntad. Me abracé las piernas y bajé un poco la cabeza para olerme las axilas. Una mezcla de algas marinas y un olor agrio como la leche materna: un lugar seguro.

¿Qué tipo de personas vienen a verte?, le pregunté.

Personas normales como tú y como yo. Personas desquiciadas como tú y como yo.

¿Se puede fumar aquí?

¿Cómo te sentirías si no se pudiera?

Saqué un cigarro mientras la miraba directo a los ojos, no por provocar, solo para verificar que no iba a pasar nada, porque no comprendía su juego. Pero cuando lo encendí, rio a carcajadas, me pidió uno para ella y se soltó el pelo. Lo tenía pajoso, largo y dañado, con las puntas quemadas de tanto decolorar. La imaginé con melena rubia y cerquillo a lo Xuxa. Era hermosa.

Dejémonos de tonterías, me dijo, me contó tu marido lo del fantasma.

No es lo que parece.

Pero ¿es por él que han dejado de acostarse?

Tampoco lo hacíamos seguido. La mayoría de las veces, mi marido se ponía encima de mí con los ojos cerrados, cada vez me miraba menos. Creo que por mi peso. Terminaba, salía, y se encerraba en el baño a escuchar partidos de fútbol.

El matrimonio nunca es fácil.

Ni el amor.

El amor es una ordinariez.

Eso pensaba yo. Y llegó él.

¿El fantasma?

El ahorcado, así lo llama mi marido: El ahorcado.

Al principio no le conté a la Ruthie que mi marido se había marchado para siempre después de dejarme en su casa la primera vez. Seguí yendo a las sesiones como si nada y ella solo quería saber más del fantasma.

La rutina era siempre la misma: yo llegaba, vomitaba en el baño del recibidor, iba al consultorio y empezaba a hablar sin parar, eufórica, mientras doblaba servilletas con las manos y hacía origamis de petreles, garzas, gacelas, avestruces y llamingos. Era buena haciéndolos. Era buena haciendo el tipo de cosas que no servían para nada.

Él siempre está incómodo, le decía yo a la Ruthie, mientras hacía dobleces y los apretaba fuerte. Lo mismo le pasaba cuando estaba vivo. He visto todos sus

videos. Cuando habla parece que se va a caer en un agujero. Es como si tuviera vértigo y te lo contagiara solo de mirarlo. Parece que su angustia va a dividir el mundo en dos. Y yo lo siento también. Estamos conectados, Ruthie. Siento que el universo entero y cada una de sus partículas están a punto de explotar y no explotan. Imagínate que el polvo cósmico oliera a podrido.

Ahora mismo, ¿sientes eso?

Siento que caigo. Todo el tiempo siento que caigo.

¿Y crees que él te sostendría?

Creo que me diría que me deje caer. A lo mejor, al final, me muero.

A veces eres un poco bruta, cariño.

¿Comparada con quién?

La Ruthie anotaba todo, pero no me creía nada de lo que le decía. Si me concentraba lo suficiente podía ver su cuerpo bamboleante. Tal como había muerto. Como todos sabían que había muerto. Y él no me hablaba, pero yo sabía lo que quería decir. Como saben los perros lo que les pide su amo y mueven la cola o hacen el muerto. Lo que quieras, haré lo que quieras, pero mírame.

¿Existe el perro si no lo miras?

Los gatos sí.

Los caballos sí.

Los conejos por supuesto que no.

A veces yo imaginaba que mi fantasma se quitaba la bandana y me limpiaba con ella las lágrimas. Había comprado varias, como las que él usaba y cuando me las ponía, la Ruthie decía que parecía un niño explorador, pero uno de los que por la noche hacen cosas raras, se chupan los pies, se sacan lanas del pupo y eso.

Le mostré su foto: mi fantasma con el pelo largo junto a Warner, una perra negra con mirada de pantera.

¡Cómo se parece a mi exmarido!, me dijo la Ruthie.

¿Crees que si estuviese vivo se enamoraría de mí? ¿Crees que le gusten los chicles *Big Red*?

Solo sé que tiene una boca fabulosa.

A veces puedo sentir cómo huele su sudor. Huele a restos que flotan en el espacio.

La Ruthie me tomó de las manos, como si fuese a darme el pésame. Yo temblaba.

Tendrías que hacer algo con tus cutículas, corazón, tienes unas uñas preciosas, cuadradas, podrías tener lo que quisieras con una buena manicura.

Ruthie, creo que estoy enamorada.

¿Pero esto empezó cuando lo leías?

No la primera vez que lo leí. Fue cuando leí sobre el planeta Trilafon. En

la Tierra, a mí tampoco me van las cosas muy bien.

¿Ciencia ficción?

¿Pero tú estudiaste psiquiatría no? Es un antipsicótico.

¿Crees que están todos locos?

¿Quiénes?

Los que escriben.

Creo que son una perfecta imitación de un loco. Creo que no tienen idea de qué les sucede.

¿Y continuaste leyéndolo?

No podía parar. Y eso que no entendía ni pu ni pa. Cuando terminé con su primera novela, empecé a verlo, con el rabillo del ojo, por donde quiera que caminaba. Él, grandote y bañado en sudor, colgado de una viga. Pero no me daba miedo.

¿Qué sentías?

Ganas de sentarme a su lado y besarle los pies. Pensaba que tendría muy duros los pies.

Eres muy sensible, corazón. Mi mamá era así y de qué le sirvió: se casó con un bueno para nada, tuvo cinco hijos y murió sola mirando en la televisión un capítulo de *Walker, el Ranger de Texas*. ¿Una vida patética y triste? No. Lo siguiente.

¿Qué es exactamente lo que hace un psicoanalista?

¿Te interesa seguir con esta terapia?

¿Es una terapia si mientras hablamos te pones tinte en el cabello?

Siento mucha agresividad de tu parte, cariño. El maestro diferencia la agresividad de la agresión. Para la primera no se necesitan actos violentos. Es más, creo que es muy propia de personas como tú. Gente que parece que se va a trizar de un momento a otro. Como una tacita de porcelana china pasando del congelador a una estufa.

¿Quién es el maestro?

El hombre del cuadro, cariño: Jaques Lacan, mi maestro.

Ahí estaba, detrás del diván en el que yo me recostaba en cada sesión: la foto enorme de un hombre con corbatín y lentes redondos. Te miraba como si quisiera reírse de ti con todo el mundo. Arrugué la servilleta. Nada de avestruces ni petreles para el señor Lacan. Levanté la mano y apunté a la foto como si tuviera una pistola. El cuadro se cayó: el vidrio roto, el maestro besaba el piso.

Esto es muy grosero de tu parte, señorita.

No puedo derribar algo solo con desearlo.

El maestro te diría que es la única forma en la que puedes hacerlo.

Ayudé a la Ruthie a juntar los pedazos de vidrio que estaban en el piso, vi al hombre de corbatín en la foto arrugada y ya me no pareció tan malicioso. A lo

mejor se reiría de mí solo con sus amigos íntimos. La Ruthie se cortó el dedo anular, lo tomé entre mis manos, le chupé la sangre y lo sequé con un zarapito de origami. Ella miró el pedazo de papel con ternura como si en verdad fuese un pájaro muerto y lo guardó en su camisa rosa, que tenía bolsillos, como un delantal.

Solo quisiera saber que está bien, le dije.

¿Tu marido?

Mi fantasma.

¿Vos estás bien?

Quisiera comprar flores para la casa todos los días y que con eso bastara. Como en una película francesa.

El cine francés es una vulgaridad ralentizada para que parezca fina.

¿Qué películas te gustan, Ruthie?

Adoro los K-Dramas. Sabes que me encantan los hombres asiáticos, ¿no?

¿Has estado con uno?

Claro que no. Por eso me encantan. Pero en los K-Dramas, todos brillan, es como si la vida tuviese un fondo de lentejuelas.

Como dentro de una babosa.

La verdad, guapa, es que no sé cómo ayudarte.

En realidad, fue mi exmarido el que me trajo aquí, Ruthie. Yo no quería ayuda.

Pero ¿te ha dejado?

No se llevó ni su ropa, pero rezo por él.

¿Por qué?

Creo que sufre más que yo, aunque no esté desquiciado.

La siguiente vez que fui a ver a la Ruthie me dijo que nada iba a funcionar conmigo. Pero que iba a ayudarme de todas formas. Dejó de llevarme al diván y cuando llegaba a su casa me ponía a su otra niña en brazos, a la Rita, la bebé. Mientras yo la acunaba, la Ruthie me hablaba de una amiga que tenía en las afueras, una amiga que era la respuesta a todas mis plegarias.

La Rita tenía cinco meses y lloraba todo el rato. Yo le susurraba cosas al oído para que se detuviera: eres más linda que un gallito de las rocas, eres más linda que una urraca de Formosa. La nena se callaba un rato, las pupilas se le agrandaban y parecía que me comía entera con los ojos, yo la lanzaba por los aires y luego la apretaba fuerte como a un polluelo. La Rita tenía la piel lunar y olía al frasco de algodones donde guardaba el termómetro mi pediatra. Cada vez que la cargaba, mi mente proyectaba la misma imagen: la dejaba caer de un momento a otro, como a un montón de sábanas, y el mundo se detenía. Nada más podía suceder después de escuchar su cabeza al golpear el piso. Sería el último sonido de la tierra. Yo no le contaba nada de esto a la Ruthie, solo tensaba los brazos y apretaba a la nena más fuerte y más fuerte. La protegía. Supongo que puedo decir

que la terapia funcionaba, que estaba mejorando. La Ruthie, mientras, se pintaba las uñas, se quitaba todas las cejas y se delineaba una raya negra en su lugar, se ponía pestañas postizas talla xl y se llenaba el cuerpo de brillos y colonia y se sentaba en el sofá, pintarrajeada y cansadísima. Yo caía rendida a su lado y la olisqueaba: colonia *Litlle Blossom,* agua oxigenada, brillantina y sudor agrio.

Lava los platos, corazón, sé buena, o dame un masaje de pies, me pedía. No creo que pueda hacer más por vos por ahora. Estás obsesionada con un fantasma. Que es un poco mejor que estarlo con un hombre, aunque los dos pueden hacerte creer que estás loca.

Lo cierto es que la Ruthie no era psicoanalista, ni psiquiatra, ni terapeuta, ni siquiera sabía lo que era el Trilafon. Tenía un título, es verdad, que ponía: *Psicodermatóloga Lacaniana*. Lo había sacado, dijo, con ese maestro tan importante. Con Jaques Lacan. Pero el tal Lacan estaba muerto, incluso yo lo sabía; aunque ella decía que no, que ella se había reunido con el hombre de la foto en una casa vieja del centro y comían dulce de leche y hacían terapia. A veces ella acostada, a veces él. Dijo que le había enseñado lo que era quererse. Dijo que le había enseñado a curar lo que estaba roto adentro. Dijo que le había dejado que le chupase los pies.

Con el tiempo supe que la Ruthie había sido peluquera toda su vida y debí haberme dado cuenta porque el supuesto diván en el que me acostaba era una silla de salón de belleza totalmente reclinada. Pero la Ruthie era capaz de masajearte la cabeza mientras te hablaba, con sus pechos grandes de madre en tu nuca, como unos almohadones perfectos, hasta que te dejaba dormida y al despertar te decía que unas sesiones más y estarías de película, de lujo, un mujerón ardiente dispuesta a montar a su marido como una amazona. Casi nunca recordaba que mi marido ya me había dejado. Pero eso ya no importaba porque yo tenía con quién hablar de mi fantasma. Tenía a alguien que me miraba, como a un perro.

Los topos y las ratas tampoco existen si no los miras.

Las tortugas marinas sí.

Yo seguía yendo a la casa de la Ruthie moviendo la cola.

Unas semanas después apareció la amiga, la que vivía en el campo: la Rosa. Hay que intentarlo todo, me dijo la Ruthie, y se puso un abrigo de piel falsa, me tomó de la mano y me llevó en su *Datsun 9000* a donde la Rosa, que vivía en una casita de adobe, llena de buganvillas, geranios y amapolas y era vidente y médium y alguna vez había sido curandera.

Trabajaba de médium solo los martes por la mañana. El resto del tiempo lo dedicaba, ahora, por la inflación, a contestar llamadas en un *hotline.* Decía que la mayoría del tiempo las llamadas no iban de sexo. En verdad, a veces solo hablamos de mi ropa, de lo que compro, de las cosas que tengo en casa. A algunos les excita que les diga los precios de mis muebles o el dinero que me sobra a fin de mes.

Imaginan qué hacer con él, en qué lo gastarían. Yo qué sé. El sexo ya no es lo que era, dijo, mientras nos guiaba por un corredor que parecía infinito, lleno de mesas altas con begonias, mantelitos bordados con *crochet* y ceniceros de cristal labrado.

Al fondo había un patio interior con una enorme claraboya por la que se regaba la luz. Las paredes estaban llenas de cuadros y fotos en los que estaba la Gilda, Sharon la Hechicera, Jazmín, la tumbadora, Juan Gabriel, El Buki, muy jovencito, y Julio Jaramillo. Parecían santos vestidos de gala. La luz se regaba por todos lados, como en un K-Drama. Así era la luz ese día en el patio de la Rosa: cubierta de una baba espera y cuántas ganas tenía de lamer las paredes.

¡Venerunt ad manes!, dijo de pronto la Rosa y se quitó el abrigo.

Llevaba debajo una especie de disfraz de la mujer maravilla. Era tan flaca: solo piel, hueso y brillantina.

Nos llevó de la mano hasta el altar. Parecía un jardín porque lo había llenado de musgo y encima tenía brujas, con sombrero, sin sombrero, algunas mostraban el culo; duendes y ángeles de todos los tamaños, rechonchos, rosaditos; animales disecados, uñas, mechones de pelo, calzones y fotografías. Una colección de ofrendas que nadie iba a tirar a la basura. Nos dio aguardiente en tacitas de porcelana y cigarrillos largos y finos, y puso en la radio vieja un disco de Bronco.

Antes de que llegaras, vi su cuerpo bamboleante, me dijo.

Me estremecí y le toqué la mejilla, para saber si era de verdad, si algo tan hermoso como ella podía ser real. Me tomó el dedo y lo chupó.

La Ruthie le preguntó si le había visto la cara a mi fantasma, si le había parecido guapo.

¿Verdad que se parece a mi exmarido, Rosa?

Tu marido era un gremlin, Ruth. Con todo ese pelo saliéndole de las orejas y la nariz. Este es muy simpático y él sabe que ella quiere verlo, él está aquí, siempre ha estado aquí.

Puedo oler su sudor, le dije.

Como a medusa cósmica, ¿verdad?

¿Dónde has estado toda mi vida, Rosa?

Solo hay una cosa que debes saber: si suelto espuma por la boca, tienes que matarme.

¿Qué?

Esto es así. No puedo estar allá con los muertos tanto tiempo, dijo, ah y si suena el teléfono dicen que pronto la Señorita Ardor les devuelve la llamada.

Y se acostó en el piso con un vaso de san Pedro en la mano.

¿Qué hago?, le pregunté a la Ruthie, que se limaba las uñas.

Corazón, ¿tengo que enseñártelo todo? Pues la dejas hacer lo suyo y ya está.

La Rosa parecía una superheroína en éxtasis. Se contoneaba. Sudaba. A

veces decía algunas palabras, pero nada tenía sentido.

Me da vueltas la cabeza, Ruthie.

No dijo nada, pero vino a pararse a un lado y trató de entender lo que la Rosa decía.

Parece epiléptica, dijo.

¿Y si se muere, Ruthie?

Nos quedamos con la casa.

Las luces del patio interior se apagaron todas al mismo tiempo. La Rosa se quedó muda y quietísima en el piso como una babosa larga y brillante. La música paró.

La Ruthie soltó un chillido de rata y se quedó suspendida en el tiempo, con una mueca en la cara que la hacía parecer una muñeca de cera.

Yo escuché el crujido. El ruido de la viga con el cuerpo que se bamboleaba. El ruido de la madera cuando el cuerpo cede. Y cae. Y ya nunca deja de caer.

¡Dios mío, corazón! Creo que he visto a tu ahorcado, fue lo último que dijo la Ruthie antes de desmayarse.

Respiré hondo y tomé todo el aire del lugar, como un recién nacido que llora. Ya no sentía esa náusea en todo el cuerpo. Recordé cuando volé por los aires para salvar a la paloma de Willy y el mundo me hablaba en el viento porque pude percibir otra vez los sonidos de todo lo que nos rodeaba: el crujir de las tuberías, el movimiento íntimo de las begonias, el ruido blanco de la radio vibrando contra mi piel, el sudor cayendo despacioso entre los pechos de la Rosa y nuestros corazones latiendo sincronizados.

La Rosa abrió los ojos. Tenía la piel fantasmal, de porcelana y los ojos le brillaban como si hubiese visto un planeta arder.

Pestañeó, abrió sus labios y se metió la mano en la boca. Tosió y sacó un ave de origami. Pequeñísimo y lleno de sangre como si lo hubiera parido.

Tienes una boca fabulosa, le dije.

Te he traído este pato mandarín desde el planeta Trilafon, me dijo, y lo puso entre mis manos. Era suave, como de papel gamuzado.

Nos reímos mientras la Ruthie se despertaba y reía también como una condenada. Parecíamos niñas, parecíamos taradas. Nos quedamos a oscuras toda la noche, bebiendo aguardiente y fumando cigarrillos largos y todo olía a cola de gato, a chicles *Big Red*. Estábamos las tres con las piernas cruzadas como chinitas. Nos dimos las manos y no nos las soltamos, contagiándonos el sudor. El teléfono sonó y sonó, pero nadie se levantó a contestarlo.

Cerramos los ojos y escuchamos cómo el pato mandarín sacudió la cabeza y se contoneó llenándonos de agua fresca y salada.

Es sabido que las aves marinas existen, aunque nadie las mire. Existen,



justamente, cuando nadie las está mirando.

Formas de reparar lo que no está roto

Para Juan Domingo, por los domingos por la tarde

Estos días solo los pájaros y los animales
están cuerdos y merece la pena hablar con ellos.
No me importa esperar a que un caballo
deje de pastar y me escuche.
Charles Simic, «Gente chiflada»

Me enamoré de Romina un domingo por la tarde. Almorzábamos juntas un pescado de caucho en el pabellón C. El pabellón A es para quienes han entrado por vez primera vez aquí. El pabellón B es para quienes han tenido –y tendrán tarde o temprano– recaídas. El pabellón C está reservado para quienes estamos tan acostumbradas a este lugar que cuando lamemos las paredes nos saben a vastas planicies idílicas. Corremos cuesta abajo tratando de alcanzar a las segadoras y el trigo nos deja la piel suave y dorada. ¿Es la vida real mejor que esto? Creemos que no. Y la cuestión ya no consiste en creer o no creer, la cuestión, a veces, consiste en poder atravesar la noche entera sin querer clavarte un lápiz en el ojo. ¡Pobre Elvia María! Su ojo de vidrio parecía una canica y había algo bello en él, algo vivo, pero ella, extraviada y estrábica, no podía verlo.

La tarde en la que nos conocimos, Romina no es que habláramos demasiado. Las conversaciones con Romina fueron simples y claras desde el principio, como si el resto solo hablásemos el lenguaje equivocado. Todo lo que decía era: aves locas, vacas locas, gente loca. Lo cierto es que no importaba si decía siempre lo mismo, cada vez sonaba distinto. A veces decía aves locas, vacas locas, gente loca y al minuto siguiente estábamos mordiéndonos los hombros la una a la otra. Sin dejar marcas siquiera. Luego sonreíamos y me susurraba al oído aves locas, vacas locas, gente loca y nos chupábamos los párpados; aves locas, vacas locas, gente loca y olíamos la boca de la otra. La de Romina olía a gaviotas y diazepam. Cuando la olía, cerraba los ojos y podía verlas volando por el cielo en un vuelo hipnótico, anestesiado: un vuelo que haría que la guardia costera temiese lo peor.

De todos modos, no sé por qué sigo hablando de esto. Como todo lo que empieza un domingo por la tarde, lo de Romina terminó mal.

Romina ya no existe.

Loli, del pabellón B, me dijo que la vio saliendo de aquí ayer con sus

maletas, cordial con los vigilantes, muy recta, sonriente.

¿Recuerdas a la señorita Olsen en *El apartamento* de Billy Wilder?, me preguntó.

¿Quién era la señorita Olsen?

Pues tal cual, me dijo. Imposible de recordar.

En el pabellón C esa es nuestra película favorita: *El apartamento*. Pedimos que la pongan una y otra vez, como los niños pequeños. Sabemos los diálogos de memoria. *El espejo se ha roto. Ya lo sé. Me gusta así. Me veo tal y como me siento*. Nos repetimos las unas a las otras. Aunque aquí no hay espejos y nos peinamos con los dedos los pelos grasos que aún nos quedan, mirando nuestras sombras de la mañana en las paredes plomizas, llenas de moho; y nos pica la piel y nos duele la tripa cuando la señorita Kubelik se atiborra de pastillas. No importa que estemos seguras de que no va a morir. No es la muerte a lo que le tememos, sino a las horas en las que duerme con el estómago revuelto, en las que sueña con quién sabe qué infancia inventada o perdida, las horas en las que tiene la certeza de que morir no es lo peor.

Yo tengo permisos adicionales, por ser la más antigua me dejan tener un televisor en el cuarto: una Sanyo gris en perfecto estado. Tengo treinta y cuatro años y catorce los he pasado aquí metida. He tenido más diagnósticos que amantes y mi piel se está poniendo verde por toda la gelatina de manzana. O son várices. El año anterior me pusieron globos en la cena de cumpleaños.

A nadie le han puesto globos, me dijo Lupe, la doctora, eres casi de la familia.

Me siento más como una Robinson Crusoe, náufraga entre millones de personas, doctora Lupe, le dije yo.

Por la noche, me dijo que creía que necesitaba un rescate y me puso un dormodor en la lengua, efecto inmediato: un pozo profundo cubierto con piel de mofeta.

Romina solía venir los domingos por la tarde y mirábamos *Los expedientes secretos X, CSI* –jamás la división Miami–, *Criminal Minds y Law & Order*. Hay algo en los actores y los escenarios de esas series que nos quitaban el terror del cuerpo. Como si todos tuviesen caras de jugadores de póker, pero nadie fuese a jugártela a ti. Quizás es la forma en la que se habla de los muertos, como si fuesen lo más importante, como si hubiese un método para acercarse a ellos y los vivos fuesen solo fantasmas. Quizá es por la luz blanca igual a la de nuestros cuartos y pasillos que nos hace sentir que en algún momento aquí dentro alguien también dirá ¡corten!, y se acabará la escena y los doctores y enfermeras se sacarán las batas y nos dirán que la parte de la terapia en grupo ha salido fenomenal, que en verdad parecíamos unas desquiciadas.

Y sospecharemos.

El último domingo que Romina estuvo aquí vimos un capítulo de cada una. Recuerdo que Scully estaba muerta y luego viva otra vez, recuerdo que Grissom desaparecía, recuerdo que Olivia Benson estaba convicta en una cárcel que yo le decía a Romina que era Sing Sing, la cárcel en la que también vivía Sally Tomato, a la que iba Holly Golightly de visita, ¿te acuerdas?, gente loca, me respondió; y que el agente Hotch fue apresado frente a su hijo.

Debí haber tomado todo eso como un presagio, pero solo podía mirar a Romina, medio despierta, medio dormida, con su dedo en mi ombligo.

Entonces sucedió.

Romina empezó a ahogarse. Lo mismo le pasaba a mi madre cuando se ponía nerviosa, casi siempre en los almuerzos con mi padre. Se le cerraba la glotis, decía después, cuando volvía a respirar, con la cara volviendo poco a poco a su tono grisáceo normal. Pero mientras sucedía era horrible. Golpeaba el piso con el pie, como si quisiera matar a una rata, y se ponía roja y morada y los ojos le giraban como en un ánfora de bingo. Romina estaba igual: se ahogaba en mis brazos.

En el Pabellón C, no hay cuchillas de afeitar, ni cortaúñas, ni nada que pueda dejar que nos hagamos daño. El daño ya viene hecho.

Tuve que hacer con Romina lo mismo que hacía con mi madre. Me puse a gritar y le lancé un vaso de agua. Pero la glotis no se abría. ¿Qué demonios es una glotis?

Yo había visto lo que había que hacer en casos extremos en el programa del doctor Albuja que enseñaba primeros auxilios en una *Resusci Anne* vieja y amarillenta. Me había entrenado para salvar a mamá, aunque nunca lo necesitó porque volvía en sí minutos después de sus ataques y parecía aún más sana que antes. Pero sabía que en casos extremos había que abrir con algo el cuello y despejar el tubito que está en la garganta. Imaginé que vería el tubo y la glotis, cerrada como un capullo, que la abriría con delicadeza como a una camelia y Romina volvería a respirar y diría: aves locas, vacas locas, gente loca y nos besaríamos los dedos del pie.

Busqué por todos lados algo que me ayudara a abrirle el cuello, en el cuarto y el baño, el ropero y bajo la cama. El pabellón C no es como una escena de CSI. Salvo la luz blanca, nadie saca hisopos de cualquier lugar, ni tijeras, ni luminol para buscar sangre. Lo que ves es lo que hay: polvo en las esquinas, pastillas viejas y mocos secos en los bordes de la cama.

Así que le mordí el cuello. Pero no fue un tubito lo que encontré, ni a la glotis, ni nada que pareciera humano. Bajo la piel viva de Romina, había un corazón pequeñito. Digo corazón porque latía. Late, se inflama y palpita. Y porque era igual a los corazones que hay en los carteles de la enfermería. Corazón sano, mente sana, vida sana. Lo saqué de ahí y lo puse en la palma de mi mano. Era del

tamaño de una uña, como un corazón de ave. Romina volvía a respirar muy lentamente y yo le acariciaba la frente llena de sudor con ganas de mostrarle lo que había encontrado. Se lo acerqué a los ojos como diciéndole mira, cariño mío, mira lo que ha nacido de ti. Se puso bizca y chilló. Todavía estaba mareada.

Llegaron los enfermeros, claro, llegó todo el mundo y me encontraron a horcajadas sobre Romina, gritando como una loca. Una escena fenomenal. ¡Corte! Había sangre, pero poquísima. Me levantaron por los sobacos y les dije que Romina se estaba ahogando, que Romina se había comido un corazón de zarapito. Qué sé yo. Jamás he visto un zarapito, pero la palabra se hizo carne en mi lengua y cuando dije zarapito, juro que vi uno aleteando alrededor de la doctora Lupe.

Lo cierto es que no dejé que me alejaran de Romina, pero ella, sola, se alejó volando de mí. Cuando abrió los ojos en la sala de urgencias, con la piel rosa y brillante, me dijo:

¿Qué haces acá?

¿Aves locas?, le pregunté yo.

Me duele el cuello, ¿puedes llamar a un doctor?

Salí corriendo de ahí.

El año que viene, me han dicho, habrá *champagne*, miento, algo espumoso sin alcohol, en mi aniversario. Quince años no son pocos. El personal me felicita cuando camino por los pasillos, me dicen que le salvé la vida a Romina. Yo rompo a llorar y corro a mi cuarto a ver el corazón de zarapito. Lo guardé en una caja de fósforos que Loli consiguió porque se deja piropear por el de la cocina, que se la dejó con un solo fósforo. No hay peligro alguno, a Loli no le gusta el fuego, sino quemarse.

El corazón todavía late. El olfato húmedo. La nariz. Todo sabe a aves marinas, a cielo volcánico. Enciendo el televisor con el corazón en la mano y ahí está Grissom y el forense que le dice:

«Aparte de que ha fallecido, este hombre está en perfectas condiciones físicas».

Yo amo a Paquita Gallegos

Jamás te haces preguntas, te gusta pensarte como Hans, el caballo sabio: zapatear, zapatear, zapatear, bellísimo y aterciopelado, y dale que suma, resta, multiplica y divide, pero no tiene ni idea de lo que está haciendo; o como los gallos a los que les dibujan una línea al frente y se quedan estáticos. Una mujer mutando en su propio espectro. Puedes quedarte quieta en la misma posición por horas y después retomar tu vida como si nada hubiese sucedido.

Ahora, por ejemplo, el cielo está rojo y a punto de irse, y todavía no te has levantado de la cama, cuando tocan el timbre de casa y pum, zapateo, cacareo, un poco de Bobby Brown para tapar las ojeras, un estropajo convertido en una larga trenza y una bata limpia y, así, tristemente nueva, galopas hacia la puerta como si hubieses estado esperando toda la vida que alguien te viniera a buscar.

En medio del porche, como en un cuadro inquietante, te encuentras a una mujer de piel lunar con un cartel colgado en el cuello que dice:

Busco casa.
Pago en efectivo.
Si todas las cosas deben volver al Uno,
¿a dónde debe volver ese Uno?*

Pase, siga, no le dices. Solo te das la vuelta y avanzas dentro de casa, con tus pasos dormidos y ella cruza el recibidor como se cruza una habitación dentro de un sueño. Detrás, viene un gato gordo con bigotes desproporcionados frotándose en cada esquina. Ella se sienta en el sofá y el gato da un brinco para subirse a sus piernas. Es delgadísima y muda y no tiene manos. Te mira, se atraganta, tose y escupe una bola de pelos. Es obvio que te necesita, por lo que empiezas a sentir que te pertenece. Lástima que la gente más amable sea también la más posesiva.

Le cargas la maleta, al pasar por la cocina abres un atún para el gato gordo blanco que empieza a lametearlo enseguida y llevas a la mujer a la habitación de atrás, que fue (es como si lo recordaras en ese mismo instante) de tu suegra y, por tanto, huele muy agrio. Es cierto que también estás casada. Tu marido es ingeniero petrolero, quizá falto de escrúpulos, sí, un poco soso de carácter, también, se parece a Eduardo Capetillo en *Marimar*, petiso, guapo y casi ni le miras esas grandes costras en los pies. Parece que lo has ido olvidando a través de los siglos, aunque solo lleva unas semanas de viaje en la selva.

Entre ser y no ser yo soy, o eso dice Teresa en la telenovela de la siete. Así que vuelves a ser la mujer que espera. Le extiendes a la mujer una cifra ridícula en

un papel a cambio del alquiler de la habitación y te sientas a tejer en el sofá.

A la hora de la cena vas a ver a tu invitada para preguntarle si necesita ayuda. No abre cuando golpeas la puerta, pero huele a quemado así que pasas. La encuentras encima de la cama, quieta y desnuda, como en trance. Su cuerpo blanco hueso lleno de venillas azules es fascinante. Como el de tu madre antes de morir, como el de tu abuela cuando te dejaba verla bañarse. No te asustas, al contrario, te quedas de pie observándola casi sin respirar. Tiene el pecho de paloma, unas costillas sobresalientes, un hueco entre los muslos, las rodillas hacia dentro, que se miran, y los pies sucios de tierra; del espacio donde deberían estar sus manos, sale algo de humo. Vas por agua, cuando escuchas:

Está conectada con el Uno.

El gato te habla desde la mecedora. Sentado, con las piernas cruzadas y un vaso grande de leche, que luego, te cuenta, es deslactosada.

Te acercas a acariciarle las mejillas.

Alto ahí, muchacha, te ordena.

¿No te gustan los mimos?

Te huelen las manos a detergente. Lámetelas un poco, anda.

Es convincente. Te lames manos y se deja acariciar enseguida.

¿Nunca has visto el Uno?

¿Qué es el Uno?

Vas a tener que averiguarlo por ti misma. Eres la elegida.

¿Elegida para qué?

Dios no da explicaciones.

¿Vienes de parte de Dios?

Ay, no, me da repelús el señor de los cielos. Pero así no harás más preguntas.

Oye, de verdad, que esos bigotes no son normales.

Tú tampoco. Mira el hueco de tu codo. Es como la cara de un hombre feo.

Tú eres un gato feo.

No soy un gato.

¿Qué eres?

A veces se me olvida.

Te llamaré Mostachón.

Llámame como quieras, cariño.

¿Ella tampoco tiene nombre?

Ella está en mí y yo en ella, no precisamos nombres, somos Uno.

No entiendo ni un poquito.

Si tanto te molesta, puedes ponerle uno.

Débora Dalia Débora. Como una primera actriz.

No está mal.

Huele como a quemado, ¿no?

Es ella, cuando se conecta con el Uno, arde.

Y es cierto, parece una mujer de fuego puro. Ni siquiera han encendido la luz, pero Débora Dalia Débora es como una lamparita de noche, una luz amable. Te sientes a salvo ahí hasta que suena el reloj de pie y recuerdas que es la hora de la cena. No has preparado nada y no estás sola. ¿Qué hace una mujer como yo en situaciones como esta?, piensas. Descongelar, por supuesto, una lasaña casera.

Mostachón cena contigo. Débora Dalia Débora no necesita comer o eso dice el gato y se come las dos porciones. Por la noche ven la telenovela de las ocho en el sofá: *Yo amo a Paquita Gallegos.* Mostachón llora un poco y tú también, aunque has olvidado cuál es la historia de Paquita Gallegos, pero en este capítulo deambula por un bosque y recuerda su vida, lo que fue su vida aparece en fragmentos en la televisión, pero es como si ella nunca la hubiese vivido; por un instante mira a la cámara, ahora las dos saben que ella no es Paquita Gallegos. Paquita Gallegos no existe.

¿Me vas a contar lo del Uno?, le preguntas al gato, entre lágrimas.

No puedo contártelo, te responde él con la panza arriba para que se la rasques. Tiene que serte revelado. Solo abre los ojos.

Los tengo abiertos.

Entonces, ciérralos.

Mostachón duerme toda la noche en tu regazo y tú te estás quieta como una momia para que no se incomode. Fuera, las urracas cantan y te ponen a soñar. A la mañana siguiente, encuentras a Débora Dalia Débora otra vez fuera de la puerta con el cartel en el cuello. Así lo hace día tras día, como si quisiera volverte desquiciada. ¿Cómo es que lo habías pasado por alto cuando la dejaste entrar? ¿Qué tipo de acertijo es ese? Mostachón en cambio te sigue por toda la casa, cuando te bañas asoma la cabeza por la cortina, cuando haces pipí se sube en tus piernas y te lame la barbilla, cuando te escondes maúlla y rasga las puertas. Dice que no puede perderte de vista, tiene que asegurarse de que eres la elegida.

¿Y si no quiero serlo? Solo soy una mujer común y corriente. Y bebo.

¿Tienes whisky? La leche empieza a sentarme mal a la panza.

Por la noche, tu marido llama y te cuesta recordar su nombre. Lo llamas mi cielo, lo llamas cariño, amor mío, corazón de otro, como te llamaba tu abuela, y casi vuelves a quererlo. De pequeña te sucedía algo parecido, a veces te distraías en la calle y soltabas la mano de mami y al minuto siguiente te dabas cuenta de que tenías agarrada la mano de alguien más y en ese minuto de desconcierto ya habías reemplazado su cariño por el del extraño. Es como si no tuvieses ninguna voz interior. Zapateo, cacareo, la voz de María Mercedes, pa' servirle a usté.

Pasan los días. Débora Dalia Débora sigue presentándose en la puerta. El cartel y el acertijo vuelven a ti. Cada vez lo ves menos claro, como si las palabras

estuviesen al revés. Ya no te hace pensar, sino reír y a veces solo lo miras hasta que la cartulina se vuelve un gran cuadro blanco, como cuando eras niña y mientras hacías pipí mirabas las formas de la baldosa hasta que te ponías bizca y desaparecían. La casa parece estar encogiéndose y te golpeas en cada puerta y en cada esquina. Te llenas de moretones con formas de nubes que tienen formas de cosas vivas. Ahora, prefieres el jardín y Mostachón te enseña a jugar con las urracas. En toda la semana solo consiguen cazar una. La verdad es que la atrapan ya muerta, andan los dos en muy mala forma física y todas escapan, pero a esa la llevas en la boca hacia la casa. La vecina del fondo pasa por delante de tu puerta y te mira como desde otro mundo. Sacas al ave de tu boca y le gritas: ¡Abra los ojos! Ella corre muy rápido y se esfuma y Mostachón se acerca a lamerte la nariz y tú le lames la suya, que es como un botoncito de gamuza.

Le llevan la urraca a Débora Dalia Débora que yace en la cama, una ofrenda para esa mujer que ya es toda ángel, que sigue ardiendo. La tocas y sientes dentro una quemazón.

Si lo comprendes, las cosas ya son tal como son. Si no lo comprendes, las cosas ya son tal como son, te dice Mostachón.

Dejas la urraca muerta sobre los labios de Débora Dalia Débora y ella abre los ojos y empieza a comérsela. Primero las patas y luego las plumas traseras, lo último que queda fuera de su boca es el pico. Y al comerlo le desaparece. No al ave. Sino a Débora Dalia Débora. Queda la urraca suspendida en el aire y al instante vuela, te picotea la piel dejando huecos, marcas, escamas que arden y pican y te acuestas en la cama que huele agrio y humea. Cierras los ojos y sientes la piel viva que da gustito.

Abre los ojos, te dice Mostachón.

Y así lo haces y ves a Hans, el caballo sabio, zapateando con el pie derecho frente a la cama, pero no, no es Hans el caballo sabio, ni bellísimo, ni aterciopelado, porque poco a poco y con los ojos bien abiertos te das cuenta de que solo es un hombre de traje que golpetea el piso con unos zapatos de piel de lagarto de muy mal gusto. Algo en él te parece conocido, como esos sueños que parecen ser la continuación de otros sueños que ya has vivido, pero que no recuerdas.

¿Qué hace usted aquí?, le preguntas al hombre.

Mostachón se sube a tus piernas y maúlla, a ti te pica la garganta, toses, te atragantas y escupes una bola de lana blanca y compacta.

El hombre se asusta muchísimo y casi te entra la risa, pero disimulas. Dice que va a traerte un vaso con agua, dice que al fin ha vuelto, que tiene hambre y que le sentaría bien un baño de pies. Es petiso, pero guapo, como un galán de telenovela. Antes de que vuelva, sales de la cama y de esa casa extraña chocándote con los muebles, pero intentas no hacer ruido y te llevas al gato envuelto en los hombros: un cuello en angora. Desnuda en el amanecer, emprendes tu camino. El

hombre te grita desde la puerta, pero de este lado de la calle te es imposible entender qué dice. Todas sus palabras están al revés. Le guiñas un ojo y bajas la cabeza mientras él hace ademanes con las manos y muecas que le deforman la cara, como si estuviera herido, como un niño que llora solo en medio de la calle.

¡Qué hombre feo! Le vi los pies, tenía costras horribles. Anda, tú sigue caminando, cariño, dice Mostachón.

Y ya no se detienen hasta entrar en la larga noche del bosque.

*«Si todas las cosas deben volver al Uno, ¿a dónde debe volver ese Uno?» es un kōan zen y este cuento es un intento de crear algo a partir de meditarlo.

Tecnocumbia para el fin del mundo

Para Gilda y Sharon,
que no podrán faltarme cuando falte todo a mi alrededor

Dios, al final,
es la sed última que nos consume.
Dios es mujer,
porque yo lo soy.
Victoria Vaccaro García, *Árbol ginecológico*

Tuvo mi padre muchos hijos, tantos como granos de mazorca. Todos varones. Yo fui su único desperdicio. Así decía: tu madre y vos no sirven para nada. A nuestra casa llegaron solo siete. Siete hijos de quién sabe cuántas madres, amamantados por mí, bañados por mí, peinados con rayita al medio y agua de romero para que el negro azabache no se les hiciera mate.

Mi padre era sed y polvo. No era tanto un padre como un cansancio. Cuando trajo al último de sus hijos para que se lo cuide, me dijo: Ya estás mujer y no has parido, ten en cuenta que te hago un favor.

No volvió a aparecer.

Todos los planetas nacieron del polvo.

No me arrepiento de ese amor que les di, les puse los nombres que quise: Aitné, Ceres, Tebe, Calisto, Deneb, Régulo y Stéfano, que era una tempestad. A veces los dejaba bañarse conmigo, los achuchaba tanto que me preguntaba si no querría asfixiarlos.

Cuando crecieron se hicieron puercos, lo notaba en sus ojos con niebla, en sus narices chatas siempre sudorosas, en esa cosa frenética que llevaban dentro del cuerpo, de la cadera y las piernas y los hacía andar descoordinados, con los pies chuecos. Les temía un poco, pero se quedaron conmigo. Me decían la Ñela, nuestra Ñela. Nunca quise saber cómo conseguían dinero, pero lo hacían y alcanzaba para comer y tantito más. Yo me ocupaba de todo en la casa y tenía el cuerpo que daba pena y eso sin parir. Era como si los hubiese parido, cuando llegaban tarde por la noche y me miraban con cara de matones, me dolía abajo del abdomen, me dolía igual que si me hubiesen rasgado la piel para sacarlos de dentro con sus cabezotas llenas de pelo.

Pero algo cambió cuando llegó ella.

Toda pelo largo.

Toda un cuerazo.

María Magdalena en los sueños de los ciegos.

Rosi Bum Bum, decía que se llamaba. Vino un día, limpia y buena, y yo no sabía qué quería hasta que me dijo que Régulo la había dejado encinta. Rosi era mucha mujer para Régulo y en casa no cabía. Su cuerpo se derramaba por todos lados. Si estábamos juntas en la cocina, yo me sentía diminuta, un planeta enano, a punto de ser aplastado por un asteroide. A veces, tendida en la cama, Rosi me pedía que le masajeara las piernas. Las tenía hinchadas y venosas. Yo pensaba, viéndola así, preñada, que iba a explotar con tanta fuerza que crearía un universo nuevo dentro de nuestra casa: treinta metros cuadrados llenos de materia cósmica de Rosi Bum Bum. Pero lo que sea que estaba creciéndole adentro murió. Régulo ni se dio cuenta, ya casi no venía por casa, me había dejado a Rosi como papá me había dejado a él y a los otros seis.

Así eran los hombres.

Sed y polvo.

Después de que a Rosi Bum Bum se le muriera lo que llevaba dentro, empecé a notar algo raro. Cuando los hijos de mi padre venían a casa, ella se encerraba en el baño y no salía hasta que de ellos no quedaba ni el olorcito a pachuli. No les soporto el aliento, me decía, ni el olor a lodo y a puerco. Y yo la llevaba de vuelta a la cama, caminando con dificultad, pero ella ya no quería descansar.

Lo que está muerto, ya es de las estrellas, Ñela, yo lo que quiero es volver a bailar, me dijo.

Yo no sabía que bailaba y no le hice mucho caso. Había días en que se despertaba sudando y con pesadillas. Yo la iba a ver y le ponía paños húmedos en la frente y en las axilas. Y luego me quedaba a su lado, sin dormir, pero como en otro mundo que era solo respiración caliente de Rosi Bum Bum y aureolas boreales detrás de los párpados.

De los hijos de mi padre sabía cada vez menos. Me dijeron en el barrio que Régulo estaba en la cárcel y los demás huidos. Tenía sentido. Ya no venían a casa ni para llevarse comida. No me daba pena. Yo sabía que cada uno de ellos había nacido con la muerte en la boca. Lo supe cuando mi padre me los trajo y afuera solo noche negra y un viento helado que te partía los huesos. Lo supe más tarde cuando fueron creciendo y los soñé a todos despertando en mi cama, junto a mí, con la cara de padre y las manitas pequeñas tratando de ahorcarme. Pero eran ellos los que se ahogaban. Cuando apretaban fuerte, ellos se iban quedando sin aire y yo solo sentía unas ganas inmensas de reír y de llorar.

¿Te gustan las estrellas, Ñela?, me dijo un día Rosi Bum Bum. La cumbia son estrellas por miríadas, en la cadera, en los talones, en el ojo del sexo. Pronto te voy a llevar a bailar.

Me tomó las manos y sentí una cosa que vibraba. De pequeña me iba descalza a la cocina para que me tocara un poquito la electricidad y luego me mojaba las manos para que me tocara un poco más. Quería ser una urraca en el tendido eléctrico y sentir que me atravesaba suavecito el universo y brillaba con mi propia luz.

Ese día volvieron los hijos de mi padre. Todos menos Régulo. Furiosos. Acusaron a Rosi de delatarlo y si no hubiese sido porque ella no estaba la hubiesen matado. A mí me dejaron toda golpeada. Por cuidar a esa perra, Ñela, me dijeron.

Sed y polvo.

Golpes en la sien.

Y dolor en las rodillas.

No quería verlos más, ni parirlos cada vez que volvían a casa, parirlos en secreto en mi cuarto, llorando de dolor, con los ojos de mi padre en la nuca. Daba igual que fuesen hijos de él. Yo pude haber tenido un hijo suyo y habría sido como todos ellos, un puerco, un cansancio.

Por eso madre había querido huir, por eso me había llevado con ella hasta la molienda, donde nos iban a ir buscar y si mi padre no se hubiese enterado (viejas chuchumecas todas las de aquí), ahora estaríamos lejos, donde decía mamá que veríamos las estrellas, la constelación de la llama y el zorro, un lugar tan alto y frío que el cielo sería casi nuestro. Pero mi padre la golpeó bien fuerte y la lanzó al abismo y luego me hizo caminar por días sin chanclas en un camino desierto.

Sed y polvo.

Tomé cuantas aspirinas me cabían en la mano y salí de casa. No me llevé nada porque nada tenía. Fui a buscar a Rosi Bum Bum. Nunca le conté a nadie, pero yo ya había soñado con ella: cubierta de escarcha, girando más y más rápido, con los brazos extendidos: una calesita en el cielo. Fui por las calles, como una tonta, porque de Rosi Bum Bum no sabía nada. Solo que bailaba. No la encontré.

Ella me encontró a mí en el bar. Estaba comiéndome unas tortas, de las que Stéfano y Tebe decían que me ponían bien fofa.

Rosi Bum Bum me dijo: ¿Recuerdas la cumbia? ¿Recuerdas las estrellas? Te voy a llevar para siempre. Con nosotras vas a estar bien.

Tomó mi mano y me llevó a un galpón. Estaba tan oscuro como dentro de mí. No había música, ni ruidos. Cuando mis ojos se acostumbraron a esa noche vi cuerpos como el de Rosi Bum Bum, que llenaban cada hueco del lugar. No eran grandes, solo se expandían; pechos, caderas, piernas, sexos largos y sexos ahuecados. Negrura, silencio cósmico y olor a comino y humedad. Algo empezó a titilar, luces enanas que mostraban manos y piernas cubiertas de lentejuelas y cabellos llenos de plumas.

Todas ángeles.

Y bailaban.

Cierra los ojos y escucha, me dijo Rosi Bum Bum. No hay qué escuchar, quise decirle. Pero cerré los ojos. No sé cuánto tiempo estuve así, calladísima, tocando tanta piel y moviéndome como decía Rosi, con miríadas de estrellas en los talones y en la cadera, como si tuviese algo dentro: arenas movedizas, aves marinas, nebulosas en la sangre.

Cuando todos los cuerpos fueron uno, cuando no cabía ni un alfiler entre nosotras, lo escuché: música de alzar las manos en el aire, de arrastrar los pies en la tierra, música de estar tan cerquita que ya no existían cuerpos, solo sudores, materia oscura; música que nadie escucha, cumbia que nace de un solo gran cuerpo que no es hombre, ni mujer, que es dios: Animal de luz.

No sabe más que moverse.

En ese momento los labios de Rosi Bum Bum tocaron los míos. Nunca he sido un cuerpo, pensé. No fui hija, ni madre, ni hermana. Fui un silencio. Fui una mano. Fui un ojo sin sexo. Había cada vez más luces, recuerdo, y piedras que parecían caer sobre el techo. O eso escuchaba yo. Lluvia de meteoritos.

Al besar a Rosi Bum Bum nací por vez primera en el universo. Su lengua húmeda en mi boca: un bautizo. Sus pechos en los míos: una comunión. Ya nunca más tendría que escuchar ese nombre horrible: Ñela, nuestra Ñela.

Estaba mutando a la velocidad de la luz, convirtiéndome en otra cosa: un asteroide que iba a impactar con toda su fuerza sobre la tierra.

Amor mío, corazón de otro

Para mi abuela, Cumandá,
que cuando les cortaba las alas a sus pájaros lloraba
y cantaba

La gente que mantiene
pájaros en la jaula
tiene buen corazón.
Los pájaros están a salvo
de cualquier salvación.
Paulo Leminski

Que no Julita, que ir al parque, no, le dice la madre, vos sabes que no podemos salir de casa después de las tres. Afuera hay hombres con los ojos bizcos y babas en la boca. La madre se pone virola cuando le dice esto y saca la lengua. A la niña le entra la risa. No te rías, carajo, está el ropavejero, Julita, y el chupacabras y el monstruo de los Andes. Vos estás pidiendo a gritos un buen susto. Allá afuera hay mal, mucho mal y viejos con chanclas que se paran en la esquina a verte. Acá tienes cosas que hacer y acá te puedo mirar y ver que no te comportes como una ofrecida que anda cortando ramitas de ruda y tomillo para hacerse *shampoo* y colonia. ¡No creas que no te he visto!, así huelen las desgraciadas. Y toma, pela estas papas rojas. Si te aburres, separa el maíz por colores y si te aburres más friega las medias y cóseles los huecos y cállate. El silencio es una virtud, Julita. Lo que no dices es verdaderamente tuyo. Nadie te lo puede quitar.

Julita acaricia fuerte las papas, se llena de tierra las manos antes de lavarlas, y mira por la ventana el sol del veranillo, a los niños volando cometas, mira las hojas del eucalipto que se mecen hasta caer y mueve los talones y las caderas bailando despacito, al mismo ritmo. Cuando ve que la madre se toma la pastilla con urgencia, casi ardor en el cuerpo, espera que ronque un poco y aprovecha para ir en puntillas a la lavandería y darle de comer a los pájaros.

A la madre no le gusta que esté con ellos. Desde que le pasó eso de lo que la madre no quiere hablar, desde que sangra por ahí abajo, la madre no deja que los vea. Me los vas a ojear, Julita. Eres muy chica, pero por dentro ya te están creciendo las furias y los malos pensamientos.

Pero Julita va y les habla.

Va y los mira.

Va y los venera.

Cada uno en su jaula. Dos tangaras y un yaguareté, una cotorra y, el recién llegado, el que más le gusta: el Tucán. Se llama Sábado. Tiene ojos de pepas de papaya y cuando Julita lo mira baja el pico hasta rozarse el pecho blanconaranja para que ella le haga piojito y se le erizan las plumas negras negrísimas de la coronilla.

Desde que lo trajeron los tramperos, la madre pone en volumen muy alto música de Luz Casal y se mece sobre los talones con cáscaras de fruta en la mano cuando le toca darle de comer. Julita sabe que Sábado prefiere los huevos de rana, las tijeretas y las arañas, pero no le dice nada porque desde que lo trajeron, la madre bebe menos y a veces, incluso, cuando está de buen humor, le lee a Julita un cuento. Siempre el mismo. El cuento que le lee es raro. Hay una señora muy señoreada que le explica a su hijo el gran secreto: que todos se fruncen cuando cagan. Pero a la niña le gusta y a veces sueña con su madre cagando, pujando y frunciéndose hasta explotar.

(Confeti amarillo y música de fiesta).

Julita ha leído todo sobre pájaros. Sabe que el corazón de un colibrí puede latir setecientas veces por minuto, sabe que los polluelos tienen un diente cuando están dentro del huevo para romperlo y salir, sabe que algunas aves se emborrachan con los frutos maduros y que las gaviotas de arenque tienen una manchita roja en el pico que hace que las crías las picoteen para que ellas les regurgiten la comida. A veces imagina a su madre dándole gachas de avena con su propia boca y siente tijeretas en la panza y zumbido de orejas y cuando ve que la madre se pinta los labios de rojo carmín trata de tocarlos. Quítate, Julita, le dice ella. Te dije ya que las niñas no deben acercarse a nadie. Jamás. Mírame bien, le dice la madre, tu piel es como los pétalos de rosa, al poco que los toquen se marchitan.

(Julita quisiera ser solo pétalos muertos).

Esa tarde, como todas, después de ver a los pájaros, Julita se pinta los labios de rojo rojísimo y se besa las manos que le huelen a papas, cebollín y fijador Taft.

Cuando la madre despierta de su sueño de pastilla mágica que le deja la boca pastosa y la lengua blanca, enciende la radio y al poco tiempo Luz Casal ya está cantando que no le importa nada. Julita ya les ha hablado por horas a los pájaros, ha terminado de pelar las papas y está en una esquina del salón con las piernas que le tiemblan, aunque no haga frío. Ella piensa que son las furias que le crujen adentro, la verdad es que cada día está más delgada y las piernas se le están llenando de costras, como las patas de la cotorra, tan ásperas. Mira por la ventana y ya no hay niños ni cometas, solo viejos con chanclas que dan vueltas por el parque escupiendo cada tanto una baba blanca. Por suerte, pronto la madre se aparece por la sala de la casa con su batón negro y le espanta esta visión. Lleva al Tucán en el antebrazo y baila mientras le huele el cuello negro y le acaricia el pico grande y

hueco. Julita los mira y es feliz.

Esa tarde todo parece estar de maravilla, de lujo, como si la madre hubiese soñado con corales o amatistas o bosques que se la tragan entera en un éxtasis purísimo. La cosa es que la madre está alegre y todavía no ha bebido nada. No está entonadita, pero habla mucho y muy rápido con babas blancas en la comisura de la boca que suben y bajan. Julita casi no entiende nada porque la madre abre frases y no las acaba y Julita siente que está bajando una escalera cada vez más rápido. Se agita, pero al fin la madre se detiene, abre mucho los ojos y le dice: Sábado me habló. Con los ojos, Julita, hay que saber mirar a estas criaturas para que te cuenten el secreto del mundo. ¿Sabes qué me ha dicho? Que cuando lo atraparon se apagó el cielo y ahora yo soy su cielo.

Julita recuerda que el primer día, cuando a Sábado lo trajeron los tramperos, estaba lleno de heridas por los alambres que lo rodeaban, recuerda que tuvieron que ponerle agua oxigenada todos los días en las patas que parecían brazos de vieja, arrugados y secos, pero que le enganchó las tres patas en un dedo, a ella, y que no la quería soltar. Julita piensa que cuando a Sábado se le apagó el cielo, él ya empezó a morirse. También recuerda que ese día fue el primer día que de la cosa le empezó a brotar sangre y gritó en el baño y cuando la madre la encontró con el calzonario en los tobillos y llorando le dio una cachetada. No has cumplido ni diez años, Julita, y ya estás acabada, le dijo, y le prohibió bañarse mientras sangrara y ¡ni se te ocurra tocar a los pájaros!

Julita se mira la mano, el beso rojo que ella finge que le ha dado la madre sigue ahí y se acerca a bailar con ella y Sábado, y trata de olvidar todo lo anterior. Es el cielo, piensa, ella es el cielo y abre un poco la ventana porque le da calor. La madre la cierra enseguida, pero le extiende la mano y la invita a bailar. Afuera un viejo con chanclas las mira. De los eucaliptos solo quedan sombras.

Esa tarde que afuera está oscura y ceniza, bailan los tres juntos. Y cuando la madre se sirve un trago le sirve uno también a Julita. Bebe un poco que ya eres mujer y lo peor está por venir, le dice, ríe con su risa falsa y le extiende un vaso de cristal de rombos lleno. Así pasan las horas. La madre dice: fíjate que Sábado está feliz porque canta. Más que cantar parece gruñir como un cerdo. A Julita ya no le importa. No lo quiere ni pensar. El alcohol se le ha subido a la cabeza y piensa en estalactitas y sonidos de bosque, piensa en selvas verdísimas como la que imagina que fue la casa de Sábado, con escaleras que no se acaban, piensa en un gallito de las rocas y una urraca de Formosa. Gira y gira con la voz de Luz Casal tocándole el cerebro y la tripa mientras mira a la madre recostada en el sillón con Sábado picoteándole el cuello, los brazos, las mejillas, la piel. Le parece que la lastima, pero solo un poco, lo suficiente para que ella lo quiera para toda la vida.

Esa noche no han hecho sopa de papas, ni han comido. La madre se ha dormido en el sofá y ronca suavecito. Sin pastillas y con apenas dos tragos.

Julita está por irse a su habitación cuando ve a Sábado que la sigue. Ven, le dice, será nuestro secreto. Julita se pone el camisón que ya le queda chico, se siente mareada, pero no importa porque es la noche más bonita del mundo. Sábado se queda al pie de la cama. Cierra los ojos de pepas de papaya y no se orina, ni se caga. Parece un animal disecado.

Antes del amanecer, a Julita le cruje la panza. Está acostumbrada. A veces la madre no come por días y ella guarda frutas y pan por todos lados en su cuarto. Busca con la mano algo que le ayude a quitarse el sabor agrio y seco que tiene en la boca. Encuentra un mango de chupar un poquito podrido y también una bolsa con avena y pasas. Come con ansia y Sábado se acerca, picotea la fruta y Julita recuerda que los tucanes se ofrecen con el pico el alimento. Solo lo hacen con su pareja, que es una sola, para toda la vida. Sin pensarlo, Julita masca un poco de mango y se lo ofrece a Sábado, que acepta contento, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras mastica. Julita ríe por la travesura y lo hace otra vez y otra vez, y otra más, pensando en la manchita roja de las gaviotas de arenque, en la madre, en las gachas de avena, en el beso rojo en la mano que de tanto mentirse ya piensa que en verdad se lo ha dado ella.

Lagañosa y despeinada, la madre entra en ese momento en el cuarto y grita. El alarido es tal que Sábado sale volando por todos lados hasta que se estrella contra la ventana.

(Plumas negras y arañazos en la pared).

No se ha hecho daño, pero chilla, mientras la madre le lanza a Julita un vaso por encima de la cabeza. Luego toma a Sábado con furia, con las dos manos y se lo lleva. Julita no es capaz de moverse y solo escucha ese gruñir como de cerdo y el ruido de los anillos de la madre contra el fregadero.

Esa madrugada se apaga para siempre la voz de Luz Casal en la casa y también el canto de los pájaros. Julita no puede salir de su cuarto, trata de hablar, de moverse, pero el corazón le late a setecientas veces por minuto y cuando está a punto de rompérsele, ella se besa la mano una y otra vez y mira por la ventana. Del otro lado, en el patio de la casa, la vieja mecedora cruje. La madre está ahí sentada bebiendo una botella de aguardiente y unas cuantas latas de cerveza. Julita mira que se saca el pico largo y hueco del fondo del corpiño (está caliente y huele a dinero manoseado) y se golpea las manos marchitas, llenas de arrugas y lunares, con él, hace como que le picotea en las manos, en el cuello, en los labios. Pero el pico ya no se abre, ya no lastima.

La madre lo masca y lo besa.

Amor mío, corazón de otro, le dice.

Y el corazón de Julita estalla.

La máscara de oso

Mi padre se sentó a beber
y no se levantó hasta la muerte.
Pedro Gil, «Lucky, el indomable»

Al principio, El Padre se quita diez años de golpe. Se ve fenomenal sin ojeras y por las mañanas va gritando yijaaa con la cuchilla de afeitar en una mano y un vaso de whisky en la otra y cuando llega a la cocina tiene la barbilla limpia y lisa y el aliento estropeado. Pero eso a nadie le molesta porque los primeros días son una fiesta. Las hijas, son tres, lo adoran. Ya nunca está cansado, ni les grita para que se duerman, ni para que se callen; ahora el whisky lo pone alegre o, como él lo llama, le da el subidón. Cuando llega de trabajar lo primero que hace es servirse una copa, luego busca a las niñas, hace que doblen los brazos hacia arriba y las levanta por los codos hasta el techo, repitiendo ¿cómo han estado mis alondras? ¿cómo han estado mis golondrinas? Incluso ha inventado un ritual. Cuando están bien dormidas, las tres juntas en la misma cama, entra disfrazado con una máscara de oso y las asusta. La máscara solo permite verle los diminutos ojos azules y tiene una nariz negra y dura que las niñas imaginan húmeda y con olor a bosque. El ritual se convierte en lo más esperado de la noche. Las tres hijas ni siquiera duermen. Se la pasan con los ojos abiertos, enfundadas en las sábanas, cuchicheando: imaginan cómo entrará por la puerta, si gruñirá, si las atacará con cosquillas, si dirá yijaaa cuando termine el espectáculo y las levantará hasta el techo porque son sus golondrinas, sus alondras, sus chipes azules. La madre, al principio, mira el cambio con desconfianza, por las mañanas está sombría y despeinada. Quizá es la única que se da cuenta de que El Padre rejuvenece con demasiada velocidad. El pecho se le está llenando de vello y en algún momento nota que la barbilla lisa se ha llenado de acné, pústulas pequeñas y sebosas que hacen que lo aparte cuando él se acerca a besarla. Las niñas empiezan a notar el cambio cuando El Padre empieza a encerrarse por horas en el baño y cuando sale tiene toda la cara roja y lastimada y él trata de disimularlo con un ungüento blanco que hace que se vea peor. Ya no tiene subidones, todo lo desquicia y huele a sobaco y alcohol desde temprano. Los días pasan y parecen años porque cuando se dan cuenta El Padre es casi un niño. Las hijas, al principio, juegan con él, brincan en los charcos y atrapan shucshis en botellas de vidrio. Las niñas los sueltan enseguida, pero ven que él se lleva los renacuajos y los tira al retrete. Los suelta uno a uno y tira de la cadena, mirándolos morir en el remolino. Poco a poco, se dan cuenta de que es un niño violento y sucio. Pero la madre lo protege. La madre también ha

cambiado, parece que lo prefiere así, niño, están seguras de que lo prefiere. Respeten a su Padre, les dice, cuando alguna le grita para que le suelte el pelo o le suplica que deje de matar animales. Primero fueron ratas, pero ahora lo hace con cualquier animal, gatos, zorros, colibríes, gansos y patos. Los busca, los persigue y los tortura; les saca las uñas, les salta encima y luego con la cara sucia vuelve a casa y come con la boca abierta y repite comida y va dejando un olor rancio a caca, pedo y pis por toda la casa. Y las niñas se encierran y lloran en silencio. Desde que El Padre es niño todo se hace en silencio. Las cosas cambian. El Padre se hace más pequeño. Es berrinchudo. Rompe cosas, come de más, grita y el televisor jamás se apaga, lo deja a todo volumen siempre con las mismas películas*: Alien, el octavo pasajero, Anaconda, Los gangoliers*. Películas que ponen a las niñas los pelos de punta, pero no por la sangre, lo que las estremece de los pies a la cabeza es escuchar los gritos en la televisión mezclados con los jadeos del Padre acostado en el sillón, agitado y sudoroso, oliendo a frituras. Es un niño horrible. Pero la madre les impide decirlo. Les impide hablar de eso. No es tan malo, dice, es su Padre, un padre como cualquier otro. Ya casi no puede hablar y ha empezado a usar pañales, pero lo escaldan y nadie puede decir nada sobre cómo el niño chilla como una hiena y vomita todo el tiempo. La madre parece otra, ahora le brilla el pelo y se pinta los labios. Ahora tiene que trabajar todo el día porque El Padre no puede y son ellas las que tienen que hacerse cargo. Las tres se turnan para cambiarle los pañales y ponerle crema y talco, se turnan para darle de comer, se turnan para mecerlo y soportan sus pellizcos, sus patadas. Cuando la madre llega a casa lo primero que hace es ir a verlo. Solo ella logra que se calle y que se duerma. Lo mece en sus brazos y le toca la carita gorda y roja. Y cuando sale del cuarto les pide silencio, silencio total. Entonces las tres niñas, con los pelos revueltos y sucios, se mueven por la casa como fantasmas para que El Padre no se despierte. Se encierran en su habitación y empiezan a dibujar en las paredes animales que ellas inventan: patos mandarines con pies de zorro, golondrinas con caras de conejos, zarapitos con alas de búho, dibujan animalitos extraños y lloran. Las más de las veces dibujan la máscara de oso. Por las mañanas están ojerosas, la casa huele siempre a caca y meado y encuentran a la madre con El Padre en brazos, a veces lo amamanta, mientras le narra historias, cuentos que ellas jamás han escuchado. Sienten náuseas. Ya no van a la escuela. No pueden dejar solo al Padre. A veces se turnan para ir al bosque. Dos de ellas se quedan con él, mientras la otra simplemente se dedica a correr entre los árboles, cada vez más rápido, cada vez más desesperada. Corren como locas, corren hasta que sienten ganas de vomitar y desmayarse y morir con el cuerpo agotado. Regresan a casa y todo vuelve a empezar. Un día una de ellas lo menciona. La más pequeña, la más callada. Les sugiere hacer algo. Es ella la que sueña cada noche con El Padre y la máscara de oso, pero al terminar, cuando llega el momento del abrazo, ella le quita la máscara

y la cara del Padre está deforme y sangra. Despierta sudando y, como no puede gritar, se pellizca las manos. Las tiene llenas de carachas y pústulas. Es ella también la que toma el coche de bebé que la madre acaba de comprar y coloca ahí al Padre. Llevemos a Padre al bosque, dice, a los niños pequeños les encanta el bosque. Sus hermanas la siguen. Se toman de las manos. Van las tres muy juntas, como tres palillos de lo delgadas que están, encorvadas como viejas, con el coche por delante. Se turnan para mecerlo y que no llore, pero no hace caso. Cuando llegan donde están los eucaliptos, las dos mayores hacen un hueco, no es demasiado hondo, rasgan con las uñas hasta que aparece una cuna de tierra. La pequeña toma al Padre y lo deja ahí, con cuidado. El Padre grita, llora, patalea. Es una hiena maldita. Es un resto de Padre. Las niñas empiezan a lanzar tierra y gritan cada vez más fuerte, zapatean, se arañan los brazos, y luego se agachan y toman entre sus manos pequeñas puñados de tierra que le lanzan y hojas secas y ramas y plumas que le van cubriendo el rostro, la pancita y las manos, hasta que lo cubren entero. Hasta que al fin se calla.

Cabeza quemada

Para mi madre, Gyna,
que rehízo el mundo para nosotras una y otra vez

Esa noche mezclamos Coca-Cola con Sprite en vasos de rombos de cristal para imitar a los mayores, que tomaban whisky. Brindamos. Los primos y las primas chocamos los vasos y tomamos hasta el fondo creando una borrachera imaginaria que nos hacía burbujas en la nuca, como las cosquillas, que solo están en la mente, o eso decía La tiita, que nos ponía cada miércoles a llamar a Walter Mercado, cincuenta centavos el minuto, para saber qué nos deparaban los astros. Lo sabíamos todo de Walter Mercado y le copiábamos cada frase: *si no me vas a ayudar a volar, despéjame la pista*, le decía yo a mami cuando me prohibía salir de casa para hacerme un dinerito vendiendo relojes Gucci falsos que me daba La tiita. Cinco por ciento de comisión y un futuro brillante es lo que me prometía porque decía que, de todos los nenes y nenas de la familia, yo era la que mejor porvenir auguraba.

Esa noche a Walter Mercado lo declararon astrólogo del milenio, pero ni él hubiese podido predecir lo que iba a sucedernos. Bailamos en su nombre. Y le pedimos mucho, mucho, pero mucho amor. La Juli, la Maribí, la Catita, la Renata y yo, que adorábamos a la Britney y a la Selena, nos anudamos la camiseta para mostrar el ombligo y sacudimos los hombros, la cadera y las piernas hasta que el sudor nos picaba en los ojos y los sobacos mientras los primos corrían por toda la casa disparando pistolas de balines y oliendo a meados.

Antes de la medianoche, la abuela arrojó el whisky por la alcantarilla, gritando: ¡sois todos unos porfiados!, y nos deshizo los nudos para que no enseñáramos la tripa como unas desgraciadas. Los tíos y el abuelo se enfuriaron, pero estaban tan chumados que tampoco pudieron hacer mucho.

En eso llegó La tiita. Se bajó de su Fiat punto rojo y dijo que era hora, ¿de qué?, nadie lo supo, pero a La tiita todos le hacíamos caso porque tenía dinero y nos lo prestaba y porque decían que le había dado la mano al Papa y los astros estaban siempre de su lado. A los chicos nos repartió luces de bengala y a los grandes les metió billetes en los bolsillos. En minutos nos tuvo a todos dentro de casa y nos contó que esa noche se acababa el mundo.

Ha llegado el fin de los tiempos. Tranquilos, cariños míos. Yo me encargo de lo que queda.

***

Quién sabe hace cuánto tiempo fue eso. Era la última noche de 1999. Los vecinos saltaban la chamiza y las cenizas de sus monigotes de año viejo y nosotros mirábamos las chispas de las bengalas, con nuestro whisky de mentira y la aureola del fuego nos crecía por dentro mientras La tiita tapiaba las ventanas con periódicos amarillos y manchados y fundas de basura.

Tiita, ¿crees que haya nieve cuando llegue el fin del mundo?

¿Y vendrán los lobos y los pumas?

¿Y los extraterrestres desnudos como en las películas?

Aquella noche se terminó con el abuelo dormido en su poltrona y la abuela quitándole los ropajes y las pelucas a los santos y las vírgenes. Cabecitas calvas. Cuerpos de tela, con manos talladas bellísimas. Sin partes pudendas. Como la abuela nos imaginaba a todas. Mami lloraba en su antiguo dormitorio y nadie sabía por qué mientras La tiita nos aseguraba que sobreviviríamos al fin del mundo. Promesas son promesas. Ya estará en la tierra el gran Rey del espanto, dijo, antes y después Marte reinará con buena dicha. Y movía su cuerpo pequeño y cuadrado dentro de una bata negra como un fantasma chato.

El día llegó. Creímos escuchar el canto de las urracas. Aunque no pudimos ver nada. Ni a los perros comiendo los restos de la basura del fin del milenio, ni las cenizas de los monigotes de año viejo con máscaras medio quemadas de políticos, deportistas y famosos. El día llegó y fue eterno porque no volvimos a ver el sol ni las estrellas, ni a Walter Mercado mostrándonos el futuro en el canal 9.

En la intimidad secreta de nuestra familia todo estaba por descubrirse, éramos un continente recién nacido, atrapado entre paredes de adobe y plantas de interior.

Las plantas fueron las primeras en morir. Solo sobrevivieron los helechos y las begonias. Hoy en día las comemos, las machacamos por completo y tragamos una papilla verde que nos estriñe, pero nos ayuda a criar lo que sea que llevamos dentro. Las paredes se llenaron de moho, La tiita reemplazó las fundas y los periódicos por tablas y estacas y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos haciendo pis y caca en bolsas que La tiita hacía desaparecer. El cabello nos creció más abajo de la cintura y nos crecieron también los pechos que son como bolsas incómodas de llevar y a veces duelen.

Hay que prepararse para salir al nuevo mundo, decía La tiita, con su bata negra hecha girones, que apestaba.

¿Cuándo veremos el nuevo mundo, tiita?

¿Habrá tigres de bengala y elefantes?

¿Seremos los dueños de todo?

¿Podremos enterrar al abuelo?

El abuelo murió en algún momento entre el fin del mundo y la barba

recién nacida de los primos. No sabemos hace cuántos días o meses, no sabemos cuántos años tenemos, pero da igual porque la abuela y La tiita dicen que el nuevo mundo tiene mejores planes para nosotras. La tiita cubrió el cuerpo del abuelo con miel y lo metió en el sótano, donde está fresquito, dijo.

El plan de La tiita es crear vida. Como las coles y los nabos, dice, hay que rebrotar. Así que aquí estamos tratando de crear al Hombre Nuevo. Nosotras. Que somos una especie de heroínas del nuevo mundo, dice La tiita. Pero hace tiempo que algo nos crece dentro y luego se nos muere, tenemos náuseas por la mañana, nos ponemos blancas, verdes, blancas otra vez, pero nada nace. Por las noches temblamos y tenemos pesadillas y cualquier sobresalto nos puede volver tarumbas.

Un día la Juli estuvo a punto de dar a luz y el vientre se le desinfló, soltó por abajo un polvo roñoso. Tampoco lloró porque estamos acostumbradas. No es nuestra culpa. Ni siquiera podríamos diferenciar una col de un nabo.

Además, está lo de las alucinaciones. Empezó poco después de la muerte del abuelo. Soñamos despiertas o vivimos dormidas, no lo sabemos. La tiita trata de impedirlo. Nos sumerge en tinas de agua tibia y nos calcina las neuronas. Es por su bien, dice, calladitas. Shhh. Zas: un baño de electricidad. Permanecemos flotando en el agua, con todita la piel arrugada. Cuando activa la corriente emitimos entre todas un gemido largo y nuestros cuerpos se agarrotan y sé que más allá, aunque no las pueda ver, están las demás, la Juli, la Renata, la Maribí, la Catita, niñas contorsionadas con cabellos largos bellísimos, que serpentean como culebras viperinas.

No sabemos cómo salir del agua.

Lo peor es que tampoco nos estamos hundiendo.

Antes venía el gato a consolarnos, Billy, Billy, Billy. Cuando La tiita nos sacaba envueltas en toallas, Billy nos lamía las piernas y se le erizaban los pelos por la electricidad, pero a él no le importaba. Billy murió, de viejo o de pena o quién sabe, y con todo calcinado por dentro, sus entrañas en ceniza. La tiita no nos dejó ver su cuerpo. Nos dijo que amaneció tieso como un poste, que olía a orines y que tuvo que deshacerse de él. Por las noches solíamos meter a Billy a dormir entre nosotras, nos lamía la nariz si entraban ellos, para advertirnos. A veces creo que está encerrado en alguno de los cuartos de esta casa. Billy, Billy, Billy. Como mami. O en el sótano con el abuelo. Mami fue castigada. Quería revelarse y salir. Dijo que afuera el mundo seguía como siempre, que creía haber escuchado cantar a las urracas. *Despéjanos la pista*, mami. Calladita, dijo La tiita. Coles y nabos. Ahora mami gime detrás de las puertas y por las noches las rasga. La abuela solo calla y sigue con su vida que es casi la misma que la de antes del fin del mundo. Viste y desviste santos y vírgenes. Les acaricia las manos y les reza plegarias purísimas. Por las noches, nos mira y nos llama: sucias, majaderas, perezosas, porfiadas. Los primos, mi padre, los tíos viven, en cambio, a sus anchas. La tiita

nos obliga a darles de comer, como a grandes bebés gordos y una vez al mes alguno nos visita en los cuartos. No importa si gritamos o lloramos. Hace tiempo que preferimos el silencio. Nos dejamos hacer imaginando que todo lo olvidaremos en las tinas de agua electrificada. Anhelamos convertirnos en culebras de agua, en medusas y huir por el desagüe hasta llegar al mar que ya no recordamos cómo se ve, ni cómo suena.

¿Era como cascabeles?, pregunta siempre la Catita.

Es como oír a la virgen meando, le digo.

Lo que me quita el sueño es que esta vez he sentido la patada. Estoy segura de que el Hombre Nuevo está en mí, en mi vientre. Si no se desinfla, como el de la Juli, nacerá de mí un pequeño hombre triste y destinado a acabar con todo. Porque, ¿qué podría ser un Hombre Nuevo sino un hombre peor? Cuando me pateó por primera vez, sentí el horror de un piecito bien formado, firme y violento. No me patea para que sepa que está vivo, quiere salir de mí cuanto antes, aunque en el camino me arranque las tripas.

La tiita no puede enterarse jamás.

La Maribí me ayuda a fajarme cada día y parece que no estoy tan panzona. El tío el otro día me dijo que debería comer menos o mirándolo bien incluso ayunar un poco. Te fortalece el espíritu. No pasa nada si engordas un poco, dijo, pero piensa en nosotros. No es bonito verte así, toda fofa, y pensar en lo otro.

La abuela dijo: te has puesto bienparqueadita, comes de más.

La tiita me miró feo.

Da igual, La tiita y la abuela siempre nos miran feo. Si comemos mucho, si comemos poco, si somos unas ingratas, si es que no hemos parido ni un solo crío. Cuando dejamos de sangrar, los primeros meses, cuando algo empieza a crecernos dentro, nos acusan, porque creen que conspiramos con nuestra actitud de niñas malcriadas, creen que podemos impedir que los Hombres Nuevos crezcan. Creen que nuestro pensamiento infantil, mágico, todopoderoso puede contra el destino y los astros que están de su lado. A veces por las noches nos anudamos la camiseta y bailamos cantando despacito lo que nos acordamos de las canciones de Selena y al sacudirnos nos duele la cadera, los hombros y las rodillas. La Maribí dice que es que estamos viejitas.

A veces imagino que el mundo no acabó y que Walter Mercado, al sentir nuestros ruegos con su mente cósmica, viene hasta aquí y, como en un cuento de hadas, arranca los hierbajos, rompe las estacas y abre la puerta de esta casa. Imagino que mira unos cuantos bebés gigantes y gordos, con los cachetes sonrosados, y un ejército de viejas serviles, pequeñas y arrugadas con barrigas huecas.

¿Qué hacen aquí?, pregunta.

Nos salvamos del fin del mundo, le decimos.

El mundo todavía existe, pero ustedes ya no, responde.

Y da marcha atrás deseándonos mucho, mucho, pero que mucho amor.

El Hombre Nuevo que llevo en el vientre no puede nacer. A pesar de los baños de electricidad, no he quedado del todo tonta, sé que si un Hombre Nuevo nace de mí La tiita me obligará a tener otro y otro. Sé sumar y restar y todavía puedo cantar partes de mi canción favorita de la Britney: *She's so lucky, she's a star.* A la Catita le fue peor, desde hace unos meses es incapaz de decir su propio nombre y también le cuestan las palabras que empiezan con «A». Mor, dice. Maranto. Marillo. Raña. Brázame con fuerza. Quién sabe cómo funciona la electricidad en nuestros cerebros, si calcina vías completas, si quema pergaminos y libros enteros que hemos ido escribiendo en la más zopenca infancia, si nos borra recuerdos o solo la escritura de esos recuerdos en las paredes grises de nuestra masa cerebral y si algún día nos encontraremos imaginando otra vida que sea la nuestra convertida en fantasía llena de urracas cuyas alas se tornan ceniza con tan solo pestañear. *Then why do these tears come at night?*

Yo también he olvidado cosas, el rostro de mami se confunde en mi mente con la cara de Selena y aunque sé que mami no tenía el pelo largo la sueño con una melena que llega hasta el piso, llena de brillantina, toda ángel.

Ahora, antes de dormir, le rezo.

Mami, mamiSelena, perdona nuestras ofensas, bidibidibumbum.

Pero, por sorpresa, La tiita entra para una inspección. Lo hace cada tanto, ni siquiera sabría decir si pasan días o meses. El tiempo se ha convertido en unas rayitas en la pared que marcan las cosas que importan: el cumpleaños de los varoncitos, la fiesta de Santo Domingo Savio, patrono de las preñadas. No se dice preñadas, grita La tiita, no somos animales. Nosotros no tenemos fechas en la pared, más que la del último sangrado. Y La tiita no nos deja verlas. Al principio llevábamos los cálculos. Teníamos nuestro propio sistema. Arañazos en las piernas, mechones de pelo que cortábamos en cada regla. Pero La tiita se ha vuelto más lista con el tiempo y nos confunde con los baños de electricidad. Además, padres, tíos, hermanos y primos entran más de lo que deberían a nuestros cuartos y a veces confundimos ese con el otro sangrado. Porque son bestias. Poco les importa rasgarnos. Tampoco les importa quiénes somos, a veces alguno me llama Juli o Maribí. Yo apago la luz, aunque les moleste, me tapo con las cobijas o me quito los lentes. Hace tanto que debía cambiarlos que veo muy poco. Da igual. Mi sueño ahora es vivir en las tinieblas.

Al pedirme que me quite la faja, La tiita se ha dado cuenta de lo que le he estado ocultando. Me ha azotado y yo no he gemido ni siquiera. Quiero que el dolor llegue hasta el Hombre Nuevo que llevo dentro, que lo contamine y siendo él pequeño no lo deje resistir. Pero sé que eso no pasará. Mi cuerpo lo quiere y no lo quiere. Mi cuerpo lo cuida y lo aborrece. Mi cuerpo quiere vivir, correr por un

bosque virgen y saltar en los charcos. Mi cuerpo quiere atrapar saltamontes y metérselos en el pupo. Mi cuerpo quiere sacudir el ombligo como la Britney y luego llorar para siempre.

***

No sé cuándo perdí el conocimiento, pero al despertar me dice la Catita que rompí aguas tan pronto como La tiita me puso la mano en el vientre.

Brázame fuerte, dice la Catita, quí estoy.

Me levanto como puedo de la cama, hay sangre por todos lados.

No quiero preguntar si el bebé está muerto.

No quiero que me digan que el bebé está vivo.

Pero cuando menos espero escucho su llanto de Hombre Nuevo y siento cómo se moja la tela del batón en mis pechos. La tiita, con su vestido negro fantasmal acuna al bebé y lo alza en brazos por toda la casa. Los tíos, primos, mi padre, sus hermanos, miran al bebé.

¡Qué rosadito!, dicen.

¡Se parece a vos!, gritan y se señalan unos a otros.

Y aplauden y abren botellas de cerveza que La tiita ha guardado solo para este día. Camino como puedo y voy hasta ellos. Miro al niño, que es en verdad rosadito y arrugado, que es como los santos y las vírgenes de la abuela, que huele a coles y nabos.

El Hombre Nuevo ha nacido de mí.

Con cuidado y en punta de pies voy a las tinas. La tiita ni se fija. Está tan afanada con el bebé, tan contenta de haber traído un niño al fin del mundo, que ni siquiera nos ha dado el potaje verde por la mañana. Cuando entro en la tina siento que mi cuerpo se ensancha, el agua me llena, llena el hueco donde estuvo el feto, llena el útero lastimado y desinflado, llena mis ojos de agua nueva y enceguecedora. Sé que la manija para activar la electricidad está lejos, pero sé también que solo tengo que meter aquí el cable que le da potencia. Un solo toque y arderé. Tomo el cable y lo lanzo.

Uno, dos, tres.

Cabeza quemada.

Huelo el bosque chamuscado, un crepitar de fuego se levanta por todas partes, urracas de ceniza que cantan, ladran los perros, *she's so lucky* escucho como si saliera de unos altavoces, Billy, Billy, Billy se contonea entre mis piernas y las lame, lengua de lija, qué gustito, a lo lejos el eco de las risas de mis primas que chochan los vasos de rombos llenos de whisky de mentira, burbujas en la nuca, arriba está Selena, que es también mami mirándome por primera vez, qué rosadita eres, ¡ven aquí!, me dice, *despéjame la pista*, mami, le respondo, y corro porque sé

que allá afuera el mundo no ha terminado, corro y abro la puerta de la casa y ahí está él, Walter Mercado, brillantina y bata larga roja y dorada, todo ángel, me extiende la mano con mucho, mucho amor y juntos nos elevamos hasta ser uno con los astros.

La balada del vaquero espacial

El gran abuelo Celsius era un hombre de lo más normal, un viejo con pelos en todos los lunares, menos en los del culo, decía él. Se paseaba todo el día con su bata de señor mayor, la de franela a cuadros, y llevaba siempre un cigarro en la mano izquierda mientras gritaba solo, porque estaba medio sordo y olía a orinal. Cuando me veía, me apuntaba a la cabeza: ¡Alto ahí, pájaro de mal agüero!, decía y me lanzaba el humo del cigarro en los ojos hasta que ardían. Casi nunca recordaba mi nombre y se pasaba las noches viendo crónica roja internacional en la televisión, durmiendo a ratos. Alguna parte de mí lo quería en aquella época, aunque no sé cuál.

Pero algo cambió cuando llegaron los de las minas. Voy a mostrarte una cosa, pequeña sabandija, me dijo la madrugada en la que sonaron las primeras detonaciones y se tocó la cabeza calva manchada e hizo un tajo. Desperté apenas y vi que se peló como una tuna y la piel se le cayó como un manto muerto.

El abuelo se fue dando saltitos convertido en un alien, hombrecito verdegrisáceo, por la puerta de atrás de la casa. Antes de salir se puso los zapatos. Volvió al día siguiente, medio rabioso, medio triste, derrotado. Daba puños en la mesa y me dijo que lo de los zapatos había sido un grave error. ¿Quién se cree que un alien lleve zapatos?, gritaba. Lo hacía por telepatía, claro, porque nadie se cree que un alien hable y grite y tampoco que te dé un apretón de manos o que sepa lanzar besos volados.

Mamá le arrojó los platos del desayuno sobre la cabeza.

¡Nunca dejas de avergonzarme, papá!, le dijo y se fue a colgar la ropa en el tendedero.

Aquella noche los mineros de casco y traje naranja hicieron el primero de tantos huecos inmensos en nuestras tierras y el abuelo lo miraba desde la ventana mientras comía con ansias miel con papel higiénico. Desde esa noche no pararon las detonaciones. El abuelo Celsius se comportaba como un alien majadero, corría en círculos por toda la casa con las manotas en la cara emitiendo un sonido chillón que te destemplaba los huesos. Mamá solo gritaba y lloraba, pero el abuelo no le hacía caso. ¿Quién se cree que un alien te abrace si te ve llorar?

Los hombres de las minas seguían abriendo la tierra y el abuelo pasó los días tras su derrota metido en la cama, con su cabeza de pelota de fútbol americano tiesa en la almohada y los brazos verdes cruzados sobre el pecho. Los aliens no pestañean y tampoco duermen así que yo le ponía aceite de caléndula en la piel alrededor de los ojos que se había secado tanto y tenía grietas de las que no salía sangre, solo polvo verde. Miraba al abuelo con sus grandes y negros ojos y era

como caer en un pozo de obsidiana. Ya no se comunicaba conmigo telepáticamente. Lo único que le gustaba hacer era ver una y otra vez la noticia del monito con chaleco antibalas al que mataban por ser la mascota de un narcotraficante. Los aliens pueden proyectar una imagen una y otra vez en cualquier pantalla. Así que no teníamos ni que encender la televisión, bastaba con que el abuelo apuntara hacia ella para ver a un monito con el chaleco antibalas más pequeño del mundo sangrando en una vereda de Michoacán.

El pueblo, mientras, se estaba convirtiendo en un gran queso gruyer. Nuestra casa estaba un poco más inclinada cada día, pero llegaron los de la televisión a vernos por lo del abuelo. Todos hablaban del alien y mamá tuvo que poner varios muebles contra la puerta para evitar que entraran, pero lograron captar una imagen con sus cámaras. Encendimos la televisión y ahí estaba el abuelo: un viejo gris, un alien que no asustaba a nadie, tapado hasta el cuello con una sábana de Spiderman que no le alcanzaba para cubrirse la cabeza. Mamá les gritó que se largaran y la reportera ordenó que cortaran la transmisión. Estaba llorando y se limpiaba el maquillaje corrido con un pañuelo blanquísimo. Ver a un alien así te destroza el alma, dijo la reportera mientras se iba del pueblo.

La noche en la que salimos en la televisión nacional, no hubo detonaciones.

Al día siguiente, el abuelo me miró con los ojos grandes de obsidiana y señaló su navaja. Estaba vieja y oxidada porque al abuelo no le gustaban las armas. Se la pasé y se hizo un tajo. Esta vez se rajó la piel entera.

Pájaro de mal agüero, me dijo, ¿listo para un combate?

¿Un avestruz, abuelo? ¿En serio?

Mira, Fernandito, esta guerra no tiene sentido, hay que estar a la altura.

Fue la primera y última vez que dijo mi nombre y no dijo más, porque nadie se cree que un avestruz hable. Salió corriendo con sus patas largas dejando un reguero de plumas blancas, grises y negras y bramaba como si estuviese en celo. Fue a donde los mineros y empezó a aletear en círculos, extendiendo las patas como para darles un buen susto. Les picoteó las mejillas, les quitó los cascos y casi les arranca una oreja. Los mineros trataron de atraparlo, pero él saltó y se metió en uno de los huecos. Estando ahí, el abuelo Celsius puso más de veinte huevos, tan grandes como mi cabeza. Vino el alcalde que nunca había visto huevos de avestruz y solicitó una labor de rescate para sacar todos los huevos de aquel hueco, así que detuvieron las detonaciones. Nos entregaron diecinueve huevos y la esposa del alcalde se llevó uno. Los pusimos en el cuarto del abuelo con las lámparas de pie que teníamos para darles calor.

Eres terrible, papá, eres un sinvergüenza, dijo mamá.

El abuelo metió la cabeza de avestruz en el inodoro, tan avergonzado.

Por la noche, se rompieron todos los huevos y no salieron avestruces

pequeñitos. Los huevos solo contenían lunares de carne llenos de pelos y algún que otro resto de piel verde.

Fue por esos días que notamos las primeras fisuras en el techo de casa. No éramos los únicos, varias casas alrededor empezaban a quebrarse como galletas. Los mineros seguían haciendo huecos en la tierra, cada vez más grandes. El abuelo soltaba plumas por todos lados y mamá decía que estaba harta, que con todo lo que pasaba no era justo tener que preocuparse también por él. Pero yo notaba que las plumas que le quedaban estaban cada vez más desordenadas y quebradas y el cuello se le torció. Parecía que iba a morirse de un momento a otro.

Al final de la semana, lo vi en el rincón de su cuarto con la cabeza casi en el piso, jadeando. Me acerqué y le hice un tajo pequeñito en la coronilla. Despellejé al avestruz como pude, pero dentro no había nada. Plumas viejas y de olor rancio volaban por el cuarto y costras de piel seca y muerta caían y cubrían el piso. Algo me estalló por dentro, pensé que era el fin y escuché la última detonación de esa noche, la que hizo que las fisuras se partieran del todo. El techo de nuestra sala se cayó. Quise salir corriendo a buscar a mamá, pero sentí que algo me rasgaba las piernas. Jamás había visto un armadillo. Era el abuelo y estaba metido en su caparazón, con la cabeza y las patas traseras dobladas, balanceándose encima del manto muerto de avestruz. Mis ojos miopes no podían dejar de mirar esa bola pequeña y dura con el mover torpe del abuelo. Se balanceó un poco más y luego se puso en dos patas, abriendo el caparazón y caminando de forma muy rápida hasta donde estaban sus cigarros. Golpeó el cajón con la cabeza dura. Saqué un Philip Morris, lo encendí y se lo puse en la boca que era una sola con la nariz y tan larga. Así pasamos la noche, yo poniéndole el tabaco en la boca y él golpeando el piso con la coraza.

A la mañana siguiente vi a mamá juntando los pedazos de techo en el piso de la sala. Tenía las rodillas y los ojos rojos. Las paredes enmarcaban un cielo plomizo, enfermo, un cielo sucio sin pájaros. El abuelo pasó junto a mí veloz y mamá trató de pegarle con la escoba.

Sabe que odio los armadillos, lo hace adrede, dijo.

Yo lo seguí, pero iba tan rápido como una pelota colina abajo. No fuimos hasta las minas, esta vez el abuelo fue directo al campamento de los mineros. Se metió en la casa del jefe. Orinó y tiñó la alfombra de ámbar.

Se pasó la mañana entera cavando alrededor de esa casa, como si creara un túnel, un laberinto. A veces descansaba, juntaba las manitas y metía la boca larga en los huecos para comer hormigas.

Por la tarde, cuando empezó a llover, los huecos que había hecho el abuelo se encharcaron y el jefe de los mineros no pudo entrar en su casa. Vino a vernos y entró con las manos cubriéndose la cabeza porque nosotros ya no teníamos techo y la lluvia seguía y seguía. Amenazó con matar al abuelo. Lo persiguió por toda la

casa, pero el abuelo se metió en su coraza y rodó y rodó saliendo por la puerta del frente hasta perderse en la noche del bosque.

Esa madrugada escampó por unas horas, el cielo se despejó y dormí con mamá mirando las estrellas en el sofá de la sala.

¿Crees que vuelva?, le pregunté.

Espero que antes haya cambiado. Los armadillos me repugnan.

Es el abuelo que más me ha gustado.

Creo que solo está viejo.

Por la mañana varias casas en el pueblo se habían hundido. Era como vivir en un terremoto que jamás terminaba. La tierra se escandalizaba bajo nuestros pies. Los mineros no estaban trabajando, se habían ido al bosque con escopetas a buscar al abuelo. Vinieron también unos defensores de animales y protestaron en la plaza al frente de la alcaldía porque se sabe que los armadillos por aquí están en peligro de extinción.

Corrí al bosque por detrás de las montañas. Al abuelo siempre le había gustado el camino pedregoso que llevaba al río. Encendí varios cigarrillos porque estaba seguro de que eso lo haría salir de donde sea que estuviera. Fue en aquella época cuando aprendí a fumar. Diez Philip Morris después, lo encontré rebotando entre dos árboles. Estaba completamente metido en su coraza y cuando lo levanté hizo una «o» con la boca. Le puse el cigarro y lo acuné en mis brazos. Era una cosa sin nombre, como la gente que muere en la guerra, como la suciedad que no es polvo ni pelusa. Cuando terminó de fumar, sacó una manita de su coraza y se rajó con la uña la cabeza. La coraza se partió como nuestro techo y lo que salió de ahí era cada vez más grande.

No sé si se podría considerar una evolución, pero como el armadillo, eso en lo que se convirtió el abuelo también tenía una coraza, un esqueleto por fuera; una boca con colmillos del tamaño de mi cabeza y una cola cada vez más larga que salía del interior del armadillo como el conejo de un sombrero de mago. Me extendió una extremidad y me tocó la mejilla. Me estremecí de pies a cabeza y grité.

En el espacio, nadie puede oír tus gritos, dijo con una voz grave y lenta, como de monstruo.

Esto no es el espacio, abuelo.

Como si lo fuera, dame un cigarro, dijo, y le di el último Philip Morris.

Fue ahí cuando nos encontraron los mineros.

La última vez que el abuelo cambió de piel fue alien, el octavo pasajero. No lo culpo, era su película favorita. Pero esto no es el espacio.

Antes del final, el abuelo hizo un verdadero desastre. Lanzó la maquinaria por los aires, escupía fuego y con su cola larga como de metal derribaba hombres con casco y los dejaba tarumbas en el piso. Supongo que por eso los mineros que

quedaban abrieron fuego. El abuelo no murió enseguida. Al principio su cuerpo duro y resistente consiguió retener tantísimas balas sin caer y lo que salía de su cuerpo como sangre corroía la tierra. Pero el jefe de los mineros dijo que no disparasen más, que su propia sangre lo mataría. Supongo que había visto la película. El cuerpo alienígena del gran abuelo Celsius fue desprendiéndose y cayó solo. Lo primero que golpeó el piso fue su larga cola, partiendo la tierra en dos. Sus dedos con garras se abrieron frente a mí como un grito.

Los hombres de casco me agarraron de los brazos y me llevaron a la casa, donde mamá me esperaba. No teníamos techo, la sala era una piscina y mi cuarto se había hundido. Este no es el espacio, pero como si lo fuera. Aquí nadie escucha nuestros gritos.

Cuide al niño, le dijeron a mi madre, no querrá que se meta en problemas como el viejo.

Mi madre les cerró la puerta en la cara y me preguntó si el abuelo iba a volver.

No respondí. Tomé el televisor y lo llevé a la buhardilla en donde nos encerramos a mirar crónica roja. Mamá sacó un paquete de Philip Morris que había escondido y fumamos hasta que se hizo de día. Encontraron lingotes de oro en la casa de un juez y más de cien pericos de China en la de un narcotraficante, el presentador de noticias del canal nueve era el insólito y nuevo candidato a la presidencia. Llovió toda la noche.

Solo quería que el abuelo regresara, pero de nada hubiera servido. Nadie se cree que alien, el octavo pasajero, te abrace si te ve llorar.

La persona de la que te enamoraste

Tiene el cuerpo roto.

Un pie encima de la mecedora, una mano que, desde donde la mira, parece estar limpiando el espejo del pasillo. Siempre fue una mano disciplinada.

Solo tiene torso y cabeza juntas y se mece como una tortuga, como un nené, un nené manco, piensa, y no sabe qué palabra puede usar para lo de las piernas. ¿Esas por dónde andan? Son muy blancas, de muslos grandes y tobillos finísimos. Su madre le decía que tenía unas piernas prominentes, ella prefiere llamarlas pelecaniformes. Podrían ser dos garzas o dos ardeas albas dando saltitos sobre la orilla del mar.

Ve el otro pie fuera del armario y quizá eso que sale de la cama es la pierna o ¿un codo?, porque no recuerda tener la rodilla tan flaca, como de avestruz. Aunque los avestruces tienen dos, piensa, dos rodillas. ¿Cómo puedo memorizar todas estas tonterías y estar aquí tiesa como un tronco? Se ríe. Bajito. Porque lo oye caminar por algún lado.

¿Te vas a quedar ahí tirada?, pregunta él.

No sabemos en dónde está. Su voz llega desde distintos lugares de la casa. A veces les pasa. Él habla en la cocina y ella puede escucharlo como si hablara desde el balcón o la lavandería, como si estuviese en todos lados, como un dios doméstico: un salvador del que no puedes escapar. Se llama Dixon y le está hablando sobre lo mismo de siempre, sobre el doctor Rex y el ejercicio, sobre cosas que debe hacer para ser la persona que él conoció. Para ser la persona que él imaginó que era. Para ser la persona.

Mañana iré a verlo, lo prometo, dice ella, ahora sé bueno, y pásame una pierna.

Dijiste que lo harías hoy, que ya tenías cita. De todos modos, para qué te la paso, si no te vas a levantar.

Es raro. Tengo la impresión de que están aquí, justo debajo de mi abdomen, pero no las miro. Me hace sentir… ya sabes, disparatada.

No puedes hacer esto cada vez que no quieres ir.

Si no vas a pasarme mis piernas, ¿podrías, por favor, ponerme una almohada en el culo? Tengo todo el peso en el coxis.

Al fin aparece Dixon. Tan alto, como si creciera por la noche y con él la casa y las pastillas que le da en la boca y que ella ya casi no puede tragar. También la mira de ese modo. Cierra la puerta del cuarto y va directo hacia el pie de la mecedora: las uñas mal cortadas, pelos en los dedos gordos y, en lugar de talón, un gran callo. Pero es un pie fino, menudito, eso le gustaba antes, que podía atraparlo

en una sola mano como se atraparía un colibrí, igual de tibio y tembloroso.

¿Sabes lo que quisiera ahora?, dice ella.

Él sigue buscando y encuentra un brazo dentro del cesto de ropa sucia, lo levanta y mira el panti que le cuelga del extremo, con esas manchas rosacafelacres que les han ido quedando con los años, porque a ella no le gusta comprar ropa nueva, le hace sentir fatal, por algo que él ya no recuerda, pero que tiene que ver con aves. Todo tiene que ver con aves. También la alegría y el grito y la forma en la que ya no se tocan. Ella le escribió una vez un poema que iba así:

Los científicos abrieron los pechos/de tantas aves/petreles y pardelas/que sobrevuelan las costas/que miden la distancia del mundo en aleteos/encontraron trozos de bolsas, fibras de ropa, pedazos de tapas de botella/no hubo noticias de ningún corazón.

Era un mal poema, pero ¿qué sabe él de poesía? ¿Qué sabe de aves? ¿Qué sabe de ella y qué hace ahí?

Dixon sostiene el brazo como si fuera un pepino, pero está caliente y eso lo pone nervioso. Lo lleva rápido cerca del cuerpo al que le hace falta y lo coloca donde debe estar, pegado al hombro, aunque está seguro de que es el hombro equivocado, porque tiene la apariencia de estar torcido.

Me gustaría ir a mirar gallinas y pollitos, Dixon, estarme muy quieta mientras los cascarones se quiebran y aparecen cabecitas con pelusas amarillas. ¿Sabes que las rompen con un diente? Tienen uno solo cuando están dentro del huevo. Uno, claro, muy que muy pequeñísimo.

Sabes que no alcanzarías a ver cómo lo rompen, ¿verdad?

Es bonito saber que nacen porque quieren, ¿no?

¿Entonces irás a una granja?

¿Vendrías conmigo, Dixie Dix?

Podrías vivir en Marte y estarías igual que ahora. Y odio que me llames así.

Igual, ¿cómo?

Rota, no lo sé, inservible.

Él está colocando los brazos en el lado correcto y cuando dice esto siente un ligero temblor en las manos de ella y también le sudan.

Lo siento. Es solo que llevas tiempo sin salir de la cama.

Mis extremidades lo hacen por mí.

…

Es una broma, cariño. Al menos ya soy capaz de reírme de mí misma.

No sé qué es peor. Cuando te ríes de ti misma dan ganas de pegarte un tiro solo por hacerte un favor.

Sabes que estoy en contra de las armas, Dixon.

Ahora ya tiene puestos los brazos y se mueve con ellos, balanceándose de

atrás para adelante, como si le divirtiera haberse convertido en una atracción de feria. Y, para mirar bajo la cama, se lanza de espaldas al piso y rueda, con los brazos pegaditos al torso, como un cilindro, para alcanzar lo que a todas luces es una pierna. Cuando sale de debajo de la cama, está casi completa. Tiene dos brazos y una pierna y salta en ella en busca de la otra, juega al avioncito [1, 2—, 4, 5—, 7, 8—] y antes de llegar al 10 cae al suelo. Cae a cámara lenta y se queda en el piso, mirando el mundo en las fisuras del techo: un hombre con una nariz gigante, Hans, el caballo sabio, sin patas traseras, y un dodo. Parece tan en paz, como los bebés cuando se caen de la cuna y solo empiezan a llorar una vez que alguien llega a verlos.

Cariño, soy vertical, pero preferiría ser horizontal, dice ella.

Lo siento. Lo siento tanto.

No lo sientas por mí, es de Sylvia Plath.

Poetas suicidas no, por favor ya no.

No lo sientas, Dixon. No tienes la culpa de ser superior en lo moral, emocional y hasta físicamente hablando.

Consigue colocarse la otra pierna mientras está en el piso y cuando al fin tiene todas sus extremidades en su lugar se acerca a él y le toma la mano. Él está sentado en el filo de la cama mirando el piso como si pudiera partirlo en dos. Está más ojeroso cada vez y, si es sincera, tiene que aceptar que también está más flaco. No se ve feliz, eso está fuera de duda. Pero al menos es, aunque le suene raro, compacto.

Dixon, cariño, creo que necesitas un abrazo. Ven aquí.

Lo aprieta demasiado. Más que un abrazo es una tortura, pero él se deja hacer hasta que siente que uno de los brazos pierde fuerza y cae al piso y cuando él se aparta todas las extremidades están alejándose otra vez: ibis, espátulas y ardeas albas correteando como unas sabandijas.

Esta vez él ya no le dice nada, ni las recoge, ni la ayuda a levantarse. Solo retrocede mirando ese torso quieto, sin manos, sin brazos. Quieto y tan blanco. Y ella habla sobre las cosas que hará para ser la persona que él necesita, la persona que él cree que conoció, la persona que él merece. Para ser la persona.

Pero él no escucha, solo ve su boca abrirse, mientras da pasos hacia atrás hasta salir de la casa. No cierra la puerta y no mirar atrás. Corre por la orilla del océano, corre con los brazos abiertos, corre sin parar como si quisiera arañar con su cuerpo el espacio y escucha graznar a las garzas, sofocadas y al borde del agotamiento, que se esfuerzan por alzar el vuelo hacia el cielo protector.

Cómo desaparecer completamente

Los hechos eran falsos, pero la vergüenza era sincera.
Benjamin Moser, *Sontag. Vida y obra*

Como siempre que se enferma o simplemente le pica el cuerpo o le tiembla el párpado o enflaquece demasiado o empieza a gustarle la asfixia que siente antes de dormir, la mujer va a ver al doctor Rex. Nadie la trata como el doctor Rex. Quizá tiene que ver con la bata blanca que lleva. Huele a caramelos de leche con miel y tiene unos botones enormes de conchiperla. Ella tiene ahora la piel en carneviva. Es una gran costra. Le pica todo, menos los sobacos, que resisten como la única parte de su cuerpo que aún recuerda a algo hermoso, papel celofán, piedra, brezo, con los folículos tiernos y rosas como los de un bebé. Nunca le ha crecido mucho vello ahí. Se lo sacaba con pinzas. Ahora no es necesario. Ya ni siquiera huele, aunque sí suda, un sudor falso, de estatua de cera.

El doctor Rex la mira entrar y se levanta de su silla. Le extiende la mano. Vuelve a sentarse. Se rasca la barbilla. Se levanta y se arregla el lado derecho de la bata. Da vueltas por el consultorio, toma y deja papeles, los lee. Hay una máquina de café funcionando en una mesita junto a su escritorio. Ella lo sabe porque gotea. Pero no suena. Lo que la pone de los nervios. Todo el día le han sucedido cosas parecidas. La lavadora giraba muda y en la calle no escuchaba más que la casi imperceptible escapatoria del gas a través de las válvulas cuando pasaba por casas o cafés. El doctor se bebe el café y abre la ventana, se abre el cuello de la camisa y le dice que acaba de leer que han descubierto rostros tallados en piedras que nadie había visto porque nunca habían estado tan secos esos ríos de un lugar que no se sabe dónde. Quizá Bolivia.

En fin, sin duda, usted está muerta, dice al final.

Mis axilas parecen las de un recién nacido.

Morirán de un momento a otro.

¿Recuerda aquella vez que se confundió y me dijo que tenía sarna?

El olor a azufre era insoportable. Se lo echaba usted de forma compulsiva.

¿No puede estar equivocado también ahora?

Lo he pensado mucho y verifiqué ayer por la noche cada uno de los exámenes. Todos los resultados indican que lleva usted muerta casi veinticuatro horas. Pero ha sido de muerte natural.

¿Y qué hago yo con lo que queda?

Tome estas pastillas.

¿Me sentiré mejor?

Primero se sentirá peor, luego se acostumbrará.

¿A estar muerta?

Parece mucho: morir. Pero es como estar desnudo en medio de una ciudad llena de gente, luces y ruido. Parece mucho, pero es poquísimo.

La mujer, que antes de morir escribía, sale de la consulta sonriendo. No sabe por qué sonríe. Pero desde ese lado de las palabras (porque estando muerta las palabras le quedan como a la vuelta de la esquina, no las ve, pero aún puede escuchar sus pasos) es solo un par de sobacos sanos de bebé y nunca ha sido algo tan terso. Nadie le ha hecho daño, ni ha estado muy enferma. Solo está muerta. Como los pulpos, aunque sus tentáculos se sigan moviendo mientras alguien se los come. Su cuerpo le cuelga y se mueve como un gran miembro fantasma que pende de sus axilas.

Al llegar a casa, llama a su madre.

Madre, he muerto, le dice.

La madre se pone furiosa, ¿por qué ahora?, ¿por qué siempre te comportas así? La mujer trata de calmarla, le dice cosas que cree que son bonitas, le dice que hay piedras con cabezas en Guatemala o ríos con cabeza de piedra en Bolivia o piedra papel o tijera y que el doctor Rex sigue pareciéndose al hombre que presentaba *¿Quién quiere ser millonario?,* con el ojo derecho un poco bizco, quizá es eso lo que lo hace tan atractivo. La madre le pide que pare por favor, que se calle, que no es momento para sus tonterías.

Creo que es por la muerte, estoy hablando como una loca.

Siempre fuiste así. Yo no te crie así. Y siempre fuiste así.

La madre le dice que se le acabaron los pañales y la leche de avena. La mujer se la imagina en los huesos, delgadísima, y teme que su muerte la termine de matar. Así que mete una barra de ambientador en la bolsa para no espantar a nadie cuando se suba en el bus y va a pasar la tarde con ella. La lleva al parque para que use las máquinas de hacer ejercicio y por la noche le cocina una crema de vegetales a la que le añade un cubito Maggie de pollo sin que la madre se dé cuenta.

La sopa está muy buena, no la hiciste tú, ¿verdad?

Pues ya nunca lo sabrás.

Si tan solo estuvieras viva, si por una vez no hubieses sido tan porfiada, le dice la madre y la toma de las mejillas y se las aprieta con más reproche que pena.

A ella le dan ganas de decirle: toma mi muerte, es tuya, como siempre, madre, todo lo mío es tuyo. Pero le hace leche con cúrcuma y canela y le pone en la televisión un documental de castores que acaban con las cosechas de alrededor porque las cosechas acabaron con ellos primero y la madre está del lado de las cosechas. Pero ella ya no pelea. Se ha rendido. Está muerta. Cuando la madre se duerme, la mujer la carga hasta la cama y le deja una nota en la libretilla junto al teléfono:

¿Qué es el arte?

Morirte de frío.

Me contaste este chiste millones de veces y habría podido seguir escuchándolo toda la eternidad, mamá.

Parece poco, pero es muchísimo.

Entonces se marcha.

Cuando llega a casa se mira al espejo. No quiere llorar, pero cree que debería hacerlo, aunque no puede. Le tiemblan los párpados y se pone gotas de manzanilla que se sienten como un mar una vez que tocan la córnea. Todo en la muerte se siente como multiplicado por el cosmos. Toma la pastilla que le dio el doctor Rex. Traga con dificultad. Suena el teléfono. Es él. Su voz es ahora idéntica a la del presentador de *¿Quién quiere ser millonario?*

Por cuestiones de salubridad, me han dicho, al notificar su muerte, que usted tiene que:

a) Ser cremada.

b) Enterrada.

c) Podría donar su cuerpo a la ciencia.

d) Desparecer completamente.

A la mujer le entra la risa, pero le sale de la boca el sonido de alguien que se ahoga.

Sé que es difícil tomar esta decisión, pero es el debido proceso.

Podría donar mi cuerpo a su hospital. Es universitario. ¿No?

Siempre nos hacen falta cadáveres.

Al decir esto, el doctor Rex suena triste, tan triste como una de esas canciones de menos de un minuto que componen los músicos justo antes de ponerse mal de la cabeza.

Puedo ir ahora mismo.

La esperamos.

Oiga, ¿está usted bien?

No lo sé, es solo que imaginé que seríamos como esos médicos y pacientes que envejecen juntos.

Hace tiempo nadie le habla con tanta ternura, pero no tiene fuerzas para consolarlo ahora. Quizá es exceso de egoísmo. Quizá siempre fue así. El doctor Rex rompe a llorar y corta la llamada. La mujer, la escritora, aunque lo mejor sería llamarla de ahora en adelante la difunta, se sienta por última vez en el filo de su cama. Está todo lo muerta que puede estar, pero todavía le pica el cuerpo, el

miembro fantasma, los tentáculos de pulpo que un hombre devora al otro lado del mundo. Saca el bolso y no sabe qué meter. No necesita nada y todo lo que lleve se lo van a quitar. Toma su libreta de apuntes. Recuerda con nostalgia esos días (ayer, antes de ayer, la semana pasada) en los que quería escribir una novela, olvidar el fracaso de lo último que hizo, esos cuentos absurdos con pájaros de los que un crítico había dicho: «Todas las protagonistas parecen muertas. La autora quiere ser cómica y sórdida, pero no consigue ni una cosa, ni la otra». Justo antes de ir a ver al doctor Rex, había decidido convertir todas esas notas de la libreta en algo ni cómico ni sórdido, con personas con la piel morena, pero no de piel morena y tampoco tanto como para parecer dañadas por el sol, como en las novelas que le gusta leer a no todo el mundo, pero casi, donde la gente bebe mucho, recuerda ponerse crema hidratante todo el tiempo (parece que es todo lo que hacen), pero nadie come lo que se pide en los restaurantes.

Entonces murió.

Toma el lápiz y se da cuenta que incluso estando muerta solo quiere escribir algo cómico y sórdido y también está muerta de ganas de poner por todos lados a palomas que se golpean como estúpidas contra todas las ventanas por las que pasan y tiene ganas de llamar al crítico y decirle que todas las mujeres en sus cuentos estaban muertas. Y que ella también lo está.

Quisiera escribir su nota final, una despedida, pero ya es tan tarde para eso y para todo y su partida fue tan absurda (pero ni eso la convertirá en una buena muerta), que hace lo de siempre, toma a gente de verdad y la envuelve en papel celofán. Escribe en la primera hoja de la libreta:

Notas de suicidio: Una novela.
Nota de suicidio que nunca escribió Anne Sexton.
El azúcar.
Lo dejé en la heladera.
Otra vez.

Lo siento,
lo siento tanto.

Siente que algo le gotea entre las piernas. Mierda, piensa. Y sí. Los muertos lo sueltan todo. Recuerda (¿puede hacerlo?) que tiene que ir al hospital. Y antes de irse mira la marca que ha dejado su cuerpo en la cama. Restos. Una última mirada a lo que fue. Y apesta. Piensa en alguna vaca perdida y muerta en esas vastas planicies idílicas por las que nadie pasa y se siente así de pesada. Piensa en el trigo y las segadoras y quiere echarse a correr por ahí hasta que la piel le quede dorada. Pero las vacas no corren.

Cuando llega al hospital, encuentra al doctor Rex esperándola en la puerta. Junto a él, hay cuatro estudiantes con batas rojas y mascarillas anudadas detrás de la cabeza. Cada uno con un lápiz y una libreta. Como la suya. Negra. Todos escriben, piensa, algunos creen que lo hacen mejor que otros. Pero moriría por leer las notas de esas libretas. Aunque fuese lo último que hiciera. Y también por un tabaco. Uno de los estudiantes, el que parece más guapo con la mascarilla, puede que, por sus cejas, la toma de la mano y la lleva a una mesa que es una gran bandeja plateada y fría. Ya no es pulpo, ni vaca, es un pavo que sabe que se viene lo peor. Pero le gusta. Habría corrido ella sola frenética con los brazos abiertos hacia el horno.

El frío de la bandeja tapa el picor. El picor tapa todo lo demás. Es cósmico. Es lo que queda. La limpian con una manguera, le lavan el pelo y la tocan en lugares donde nadie había estado. La vaca muerta, perdida y llena de moscas que la husmean.

El doctor Rex la mira a ella. Los estudiantes miran al doctor Rex cuando él la abre en canal, o así lo describe la difunta en su mente, como en una mala novela.

El doctor Rex pregunta:

¿Hasta dónde cortamos la parrilla costal con el fin de no dañar los pulmones?

a. Tercera costilla.
b. Primera costilla.
c. Segunda costilla.
d. Hasta que deseara dejar su corazón sin sangre.

Ella ríe tan adentro que no mueve ni un músculo. Las luces se vuelven más tenues y hay música de ascensor por algún lado. Uno de los estudiantes (no el de las cejas, tampoco es guapo) dice que la segunda y el doctor Rex le lanza una moneda de oro que el estudiante apenas toca y hace desaparecer como en un juego de Mario Bross. Tin. Las cosas se están poniendo divertidas, piensa la difunta, y todo huele a leche, miel, formol, a campos de trigo, a su cuerpo de piel dorada en descomposición.

El doctor Rex extrae sus órganos y los muestra a los estudiantes como si los estuviese rematando y luego al público que ha aparecido detrás de las ventanas y aplaude. Una mujer entre los estudiantes los toma y los pesa con sumo cuidado, los trata como a animalitos extraños recién nacidos. Su bazo pesa 192 gramos y es lacre. Su corazón es un poco más pequeño de lo que esperaba, dice el doctor Rex, y lo mira muy de cerca hasta que queda bizco. Los pulmones tienen manchas. Fumadora, dice un estudiante de brazos demasiado delgados y piel traslúcida. Tres

monedas para el estudiante que ha atinado. Momento de tensión máxima, dice el doctor Rex, el público hace barra por el estudiante de cejas perfectas, pero es brazos de hule el que pasa a la siguiente ronda: Causas de muerte.

A. Muerte por objeto volador no identificado.
B. Muerte por agotamiento.
C. Muerte por perseguir palomas en el techo.
D. Todas las anteriores.

Estar ahí recostada, piensa la difunta, es mucho mejor que haber llegado a ser una mujer de bastón. Ahora se siente como una estatua en medio de un parque donde las palomas reposan. Llena de atención y devoción. El resto de cosas bonitas que le han dicho hombres y amantes, hombres casi siempre enfurecidos, hombres tristes, la mayoría abogados, parecen solo bobadas. Lo único molesto es que nadie respondió a la pregunta sobre la causa de su muerte y el doctor Rex dice que se ha acabado el tiempo, ¡hasta la próxima!, se despide de los estudiantes y el público se levanta. ¡Corte!

Se apagan las luces tenues y se encienden las luces blancas.

La difunta y el doctor se quedan solos y él se come un caramelo de leche y miel, enciende la cafetera y fuma mientras empieza a poner cada parte de ella en su lugar.

¿Podría pasarme mi libreta?, le pide al doctor una vez que la cose entera.

¿Para qué la necesitaría ahora?

Justo después de morir se me ocurrieron cosas que nunca escribí estando viva.

Será como el efluvio. ¿Sabe? Restos.

Cuando estaba viva también eran solo restos.

¿Y cómo están mis axilas?

Me temo que sucederá de un momento a otro.

Ya. Toda esta muerte no puede durar una eternidad.

El doctor Rex le pasa la libreta y la difunta intenta escribir, pero ya no le funcionan los dedos, así que le pide que escriba por ella:

Nota de suicidio que no escribió Bohumil Hrabal:

He dejado de distinguir el mundo de arriba del mundo de abajo. Ahora todo tiene mucho más sentido. Vienen hacia mí todas las palomas. Es de mañana o es cualquier hora. O es de mañana. Quizá me he aferrado demasiado tiempo a las tres dimensiones. Un paso más y seré la máquina de hacer pájaros. Espero que nunca lo entiendan.

El doctor Rex termina de escribir cada una de sus palabras y le dice que le habría gustado mucho leerla antes.

Supongo que me avergonzaba de lo que escribía.

Si pudiese hacerlo todo otra vez, ¿qué cambiaría?

a. Su pelo.
b. La familia en la que le tocó nacer.
c. Jamás escribiría.
d. El tapiz de su casa.

¿Podría dejar de actuar como el presentador de *¿Quién quiere ser millonario?* Me pone los nervios de punta.

¿A qué se refiere? Nunca he visto ese programa.

Era un programa de televisión que miraba con mi madre. Ya sabe, preguntas y respuestas y gente sola en el sofá de su casa.

¿Le conté alguna vez que no puedo mirar la televisión? Es por mi ojo. Me causa vértigo.

Es parte de su encanto.

No diga más, me sonroja.

Yo era muy tímida, ¿sabe? Quizá, en la muerte todo se trastoca.

¿Quiere un caramelo?

Quisiera un tabaco.

Solo tengo Philip Morris.

Es el que fumaba mi abuelo, es el que fumaba antes de volverse loco. ¿Y mis axilas?

Quedan poquísimas partes rosas.

¿Me daría un beso, doctor Rex?

No he podido dejar de pensar en hacerlo.

¿Besa siempre usted a sus pacientes muertas?

Beso a mujeres solas en ciudades solas.

El doctor Rex planta sus labios en los de la difunta y se hace el silencio.

También dentro de ella.

Algunos de estos relatos aparecieron publicados por primera vez en versiones traducidas y originales, a veces bajo un título diferente y con pequeñas modificaciones, en las siguientes revistas y antologías:

«La máscara de oso, "The Bear Mask"», traducido por Victor Meadowcraft se publicó en *Southwest Review*. «Las Lumbres» en la antología *Verdades compartidas* en la editorial Seix Barral, Colombia. «Tecnocumbia para el fin del mundo, "Soif et poussière"», traducido por Guillaume Contré en *L'Autoroute de Sable*. «La persona de la que te enamoraste, "Chess Piece"», traducido por Michelle Mirabella en Arkansas International. Y «Amor mío, corazón de otro» en la antología *El gran libro de los pájaros* de la editorial Blackie Books.

Especial agradecimiento a estas revistas y para estos traductores que buscaron un primer hogar extranjero para esos relatos y a José Antonio Bonet de Luna y Juan Domingo Aguilar, que leyeron sin escrúpulos este manuscrito.